

FEBRERO 2019 NRO. 16
AÑO V

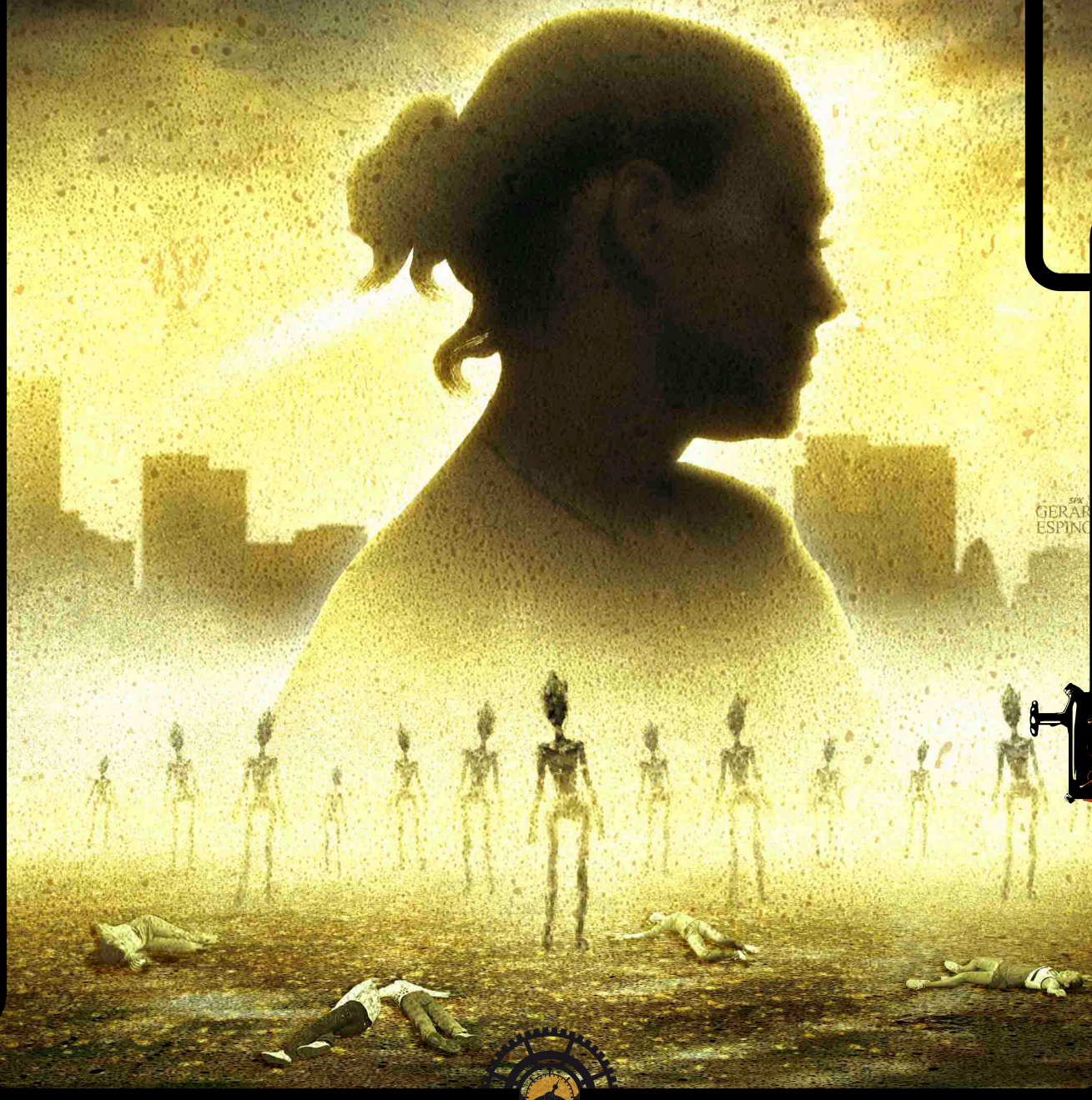


RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

HUERTAS * MARTÍNEZ * CEVASCO * GONZÁLES * DEL CASTILLO
MORALES * MANRIQUE

Los extraños y otros relatos



GERAR
ESPINO





Créditos



© 2019 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2019 Miguel Huertas, Carlos Martínez, Omar Gonzáles, Julio Cevasco, Mauricio del Castillo, Marcia Morales y Jesús Manrique

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, Sergio Mars, Víctor Conde, Otilia Navarrete, Christian Campos Alvarado, Miguel Huertas, Tanya Tynjälä, Paola Arana y Daniel Arteaga**

Diseño de portada: **Gerardo Espinoza**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra**

Corrección de estilo: **Antonio Castro**

Revista Hispanoamericana: **Relatos Increíbles**

Nº 16: **Febrero del 2019**

ISSN: **2413-9017**

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles

Twitter: **[@RelatosInc](https://twitter.com/RelatosInc)**

Autores



Miguel Huertas

(Madrid, 1991). Psicólogo. En 2016 publicó la novela *Aurora negra* con Editorial Amarante. En 2015 fue seleccionado para figurar en el libro de relatos Lovecraft. Mitos de Fuenlabrada (Kelsonia Editorial). En el 2018 ha publicado su segunda novela: *El peso del acero*.



Carlos Martínez

(Barquisimeto, 1962). Licenciado en Artes (Cine). Actualmente Editor de video *off-line* en el Inces. Incluido por concurso en la antología de ciencia-ficción venezolana «12 grados de latitud norte», publicada por Ediciones Ubikness, en 2015.



Omar González

(Lima, 1978). Bachiller en Comunicación Social (UNMSM). Actualmente Director de Proyecto en diseño y desarrollo web. Aficionado a contar historias, escribiendo y/o dibujando. Mención honrosa en El Cuento de las Mil Palabras (Caretas).



Julio Cevasco

(Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania.



Mauricio del Castillo

(Ciudad de México, 1979). Licenciado en comunicación por parte de la UNAM. Ha colaborado para diversas páginas y revistas de CF. Ha publicado *La variable multimillonaria y otros relatos* (2012) y *La nave de la discordia y otras piezas de anticipación* (2014).

Autores



Marcia Morales

(Lima, 1984). Bióloga y Literata. Directora de la revista «Nictofilia». Directora editorial en «Editorial Cthulhu». Ha publicado el libro *Noc-tem aeternus. Inconclusiones vertidas en noches de insomnio* (2015). Ha publicado cuentos en diversas antologías y revistas.



Gerardo Espinoza

(Lima, 1987). Artista gráfico, titulado en diseño gráfico publicitario. Se dedica actualmente a la ilustración. Es retratista, pintor de animales y escenarios. Está escribiendo actualmente su primera novela corta. La portada es obra suya.



Jesús Manrique

(Lima, 1977). Técnico en Sistemas, diplomado en RRHH. Sus inicios creativos se dieron a través de los RPGs, decantando en el género literario con la publicación de relatos y cuentos cortos a través de su blog «Deadman Joking». Ha publicado con nosotros antes.



Editorial



Un nuevo año más para la revista y todavía nos mantenemos en pie, pese a los contratiempos y los múltiples proyectos editoriales que tenemos por delante. De hecho, dentro de nuestro nuevo plan editorial, *Relatos Increíbles* vuelve a tener un rol principal. Esto viene de la mano con interesantes coincidencias como la publicación de nuestra primera novela de fantasía épica, nuestro primer reportaje en prensa nacional en el Perú, y la primera invitación que recibimos para hablar sobre el proyecto de la revista en un congreso internacional. Esto nos emociona mucho y nos da muchas energías para seguir adelante.

Como siempre, el mejor apoyo que esperamos de ustedes es que lean la revista, la comenten y nos ayuden a difundirla. Estamos garantizando la gratuidad completa de la revista en su versión en PDF, mientras que mantendremos una versión de pago tipo EPUB tanto en la plataforma de AMAZON como en la de LEKTU. Así que si también quieren apoyarnos económicamente, los invitamos a que busquen nuestra revista en ambas webs.

Para este número tenemos siete cuentos imperdibles. Empezamos con la historia futurista de **Mauricio del Castillo** donde podemos observar como la realidad tridimensional de la televisión no puede ocultarnos del todo una realidad latente que nos rodea. Luego seguimos con el relato de **Jesús Manrique** sobre un bolso mágico y misterioso, un objeto que dicen que trae suerte, ¿o no?. Le sigue un cuento sobre el origen del universo, los dioses y sus respectivas creaciones, escrito por **Omar Gonzáles**. Asimismo, presenciamos luego una historia de **Carlos Martínez** sobre sucesos paranormales, donde lo imposible se vuelve posible, y los accidentes pueden traer funestas consecuencias. Continuamos después con la doceava parte de la saga del Oscuro, de la mano del fabuloso **Julio Cevasco**, que esta vez nos permite conocer un poco más de Ofelia y los otros seres que habitan su mundo. **Marcía Morales** nos permite conocer una nueva interpretación sobre Adán y Eva, así como de la famosa serpiente. Para culminar con el cuento de portada, de la mano de **Miguel Huertas**, donde la humanidad se enfrenta a unos seres alienígenas que pese a sus enormes diferencias con nosotros, presentan una terrible semejanza.

Pero este no es el final de la revista. A partir de este número vamos a publicar entrevistas con escritores de los géneros de la fantasía, la ciencia ficción y el terror. No descartamos la posibilidad de entrevistar también a otro tipo de personalidades afines a la literatura. En esta ocasión, nuestra primera entrevista será a **Miguel Huertas**, quien acaba de publicar con nosotros su soberbia novela de fantasía épica: «El peso del acero», ya disponible en AMAZON.



Índice



Editorial.....	05
Más allá de la pantalla.....	08
Un día de suerte.....	14
Elotán y Yacebú.....	17
Destruir por accidente.....	25
El canto del alcaudón.....	36
La maldición de Adán y Eva.....	44
Los extraños.....	46
Entrevista con Miguel Huertas.....	53

CONVOCATORIA ABIERTA

Se inicia la recepción de cuentos de ciencia ficción,
fantasía y terror para la nueva antología:

HERO'S QUEST

AVENTURAS MULTIJUGADOR
EN UNIVERSOS DIGITALES

Editados por:

Alejandra Calderón Parodi
& Héctor Huerto Vizcarra

1. Se solicitan cuentos inéditos.
2. Se permite la participación de autores peruanos y extranjeros.
3. Cada autor puede enviar máximo dos cuentos para esta convocatoria.
4. Los cuentos deben tener una extensión entre 2,500 palabras y 7,500.
5. Los cuentos deben pertenecer a los géneros de fantasía, ciencia ficción, terror y deben estar ambientados en universos de videojuegos.
6. Los cuentos seleccionados serán publicados en una edición impresa y en otras ediciones digitales (PDF, EPUB y MOBI).
7. Los cuentos se envían al correo: relatos@acuedi.org hasta el **28** de julio del 2019.

Con el auspicio de:



Más allá de la pantalla

Por: Mauricio del Castillo





faltaba menos de un minuto para que comenzara la transmisión de *Florinda, la richona*, la nueva telenovela. No existía televidente sobre la faz de la Tierra que no la presenciara.

Al ver que su esposa aún no llegaba, David exclamó desde el sillón:

—¡Olga! ¡Olga! Ya casi empieza el programa y tú todavía no terminas.

—Enseguida voy. El horno sigue calentando las palomitas de maíz —dijo ella. David soltó un chasquido de frustración por la tardanza.

Olga apareció con el tazón de palomitas. El aroma la seguía a ella desde la cocina hasta impregnarse en las narices de David. Antes de que Olga tomara asiento, su esposo alargó un brazo y tomó un puñado.

—¿Ya empezó? —preguntó ella.

—Aún no. Sigue el discurso moralista del presidente Chaucer. Cree que un plebiscito será determinante para tomar una postura respecto al asunto de los subterráneos. Pobre ingenuo.

En la pantalla el presidente despedía a la audiencia y se permitía una sonrisa un tanto forzada. David no se lo creía. Era viejo, acabado, de postura conservadora. Pero no un tonto. Lo que más odiaba de Chaucer era su falsedad.

La música de entrada emergió en un arco de sonido, de izquierda a derecha; los violines y las trompetas se entremezclaban. La imagen de la bella Fran Larrazábal apareció. La mujer abría un zaguán sin dejar de sonreír; su vestido blanco se movía al ritmo del viento. Enseguida fue el turno de Bruno Rojas, que montaba a caballo y se ajustaba el sombrero. Sus ojos azules, fuerte mentón y pectorales trabajados lograban hacer suspirar a las mujeres de todas las edades. Fran Larrazábal, quien personificaba a la heroína, apareció al final de las escaleras para mirar retadoramente a uno de los huéspedes de su tío. Los ojos en las cuencas de David casi se salían al ver su abultado escote.

Luego de algunas escenas aparecieron unas letras grandes y amarillas que anunciaban:

CORTE COMERCIAL
DISFRUTE LOS ANUNCIOS DE NUESTROS PATROCINADORES
CON SOLO ABRIR LA PUERTA DE SU CASA
ATENCIÓN: NO HAGA USO DE LUCES LÁSER Y JUEGOS PIROTÉCNICOS

—¡Un corte comercial! Vamos, David, no quiero perderme ninguno.

David cruzó los brazos y dijo:

—Ve tú. Yo los veré en la pantalla.

Ella no hizo caso y salió a ver. La puerta de casa se dilató. Detrás de ella una inmensa figura se recortó en el cuadro de luz. Se trataba de Mike el Jaguar, quien anunciaba su nuevo cereal de hojuelas de trigo. No se trataba de una caricatura o de una imagen computarizada: era un auténtico jaguar de la selva centroamericana, con una camisa de manga corta y un sombrero de explorador, que mantenía el equilibrio sobre las dos patas traseras a fin de mostrar una imagen más antropomorfa. Una de sus garras sostenía la caja del cereal y la otra un tazón con leche.

Olga estuvo a punto de dar un grito de emoción, pero el jaguar Mike la interrumpió con un rugido. Después alcanzó a modular correctamente:

—Buenos días, señora Bulero. ¿Ya desayunó? ¿Qué tal empezar la aventura del día con cereales *Bestiecititas*? Ahora con añadido de una espesa miel de abeja y chispas de arcoíris. Incluye once vitaminas y minerales.

—En realidad no puedo. Mi doctor me tiene prohibido comer cereales infantiles. Mi colesterol alto...

—Ande, tome una cucharada y dígame si no es el mejor cereal que haya probado en su vida.

Mike el Jaguar dejó caer el contenido de la caja sobre el tazón con leche. Enterró una enorme cuchara hasta el fondo. Con una gran destreza rebanó algunas fresas y las colocó encima de las hojuelas. Enseguida acercó el tazón con los cereales a unos cuantos centímetros de la boca de Olga. Lejos de rechazarlo, ella tomó la cuchara y se llevó una buena porción a la boca. Estaba exquisito: el toque de miel la llenaba de sumo placer.

David se acercó. La repentina jungla se había asentado de pronto en su patio. Más allá, sobre las faldas de una montaña parecida al Kilimanjaro, se encontraba la cabaña de Mike el Jaguar. El sol pegaba con fuerza.

—¿Qué es todo esto? —preguntó David, indignado, como si se tratara de un show de *strippers* o un cine para maricas.

—Es Mike el Jaguar. ¿Nunca comiste cereales *Bestiecitas*?

—¡Grrrrrr! —volvió a gruñir Mike el Jaguar, sin darle los buenos días a David.

La mala vibra se podía sentir en el ambiente a pesar de la simpatía de Olga. Varios niños vestidos de exploradores salieron de entre la maleza y tomaron asiento en una mesa de bambú. Cada uno de ellos tenía justo enfrente un tazón con *Bestiecitas*. David juró que sus nietos no comerían aquella bazofia.

El tiempo se detenía. Mike el Jaguar dijo:

—Practiquen deporte. Y no se olviden de votar por Chaucer.

La puerta se contrajo y la ilusión se difuminó. Ahora solo se observaba la calle desierta y el grupo de casas. Toda la selva y los niños exploradores habían desaparecido. No quedaba ni siquiera una hojuela a la vista.

David desactivó la puerta y esta volvió a cerrarse. Regresó a la sala, con Olga siguiéndole.

Se reanudó la telenovela. Hubo un cambio de escena. Un empleado entraba a una oficina con bastante prisa. Enseguida dijo:

—*Luis Fernando, ya sé que engañas a María Verónica con la anciana decrepita de la funeraria. No creas que se va a quedar así. Voy a pelearlo.*

Del otro lado de la oficina se encontraba un sillón con respaldo alto. De pronto, giró ciento ochenta grados y mostró a Bruno Rojas. Para Olga su sonrisa era una descarga de encanto. Después se convirtió en un niño de siete años para luego adoptar la carcomida expresión de un anciano decrepito. David intentó ajustar la señal, pero solo logró que sucedieran más cambios: Bruno Rojas se convirtió en una repugnante cucaracha. Olga lanzó un grito de alarma. David logró hacerla callar mientras intentaba por todos los diablos salir del modo kafkiano de la pantalla. Al poco tiempo logró ajustarlo. La cucaracha se había convertido ahora en un actor latino de primera.

Para mala fortuna de Olga hubo una nueva inserción comercial. El timbre volvió a sonar. Esta vez atendió David, pero sabía muy bien que se trataba de un estúpido anuncio simulado. Al momento de dilatarse la puerta otra vez, una aeronave bajó del cielo y se posó en el jardín. Las gardenias de Olga ardían debido a las ráfagas de fuego por medio de giróscopos internos y chorros de directores tangenciales.

David estuvo a punto de reclamar, pero se contuvo al darse cuenta de su error: todo era parte de la publicidad. La aeronave era bastante lujosa, con un diseño aerodinámico de cinco propulsores. El azul eléctrico había hechizado a David.

La escotilla se alzó y apareció nada menos que Bruno Rojas dentro de un traje espacial. En un santiamén se deshizo de él; llevaba puesta una camisa de satín con los tres botones de arriba sin abrochar, un pantalón vaquero bastante apretado en la entrepierna y botas con piel de caimán. Se acercó a la puerta y dijo:

—¿Quiere ganar esta aeronave último modelo? Envíe NAVE al 403000 o mande un correo a Mauricio del Castillo, en cuidado de la Loca Fiesta del Té, y participe en un concurso para llevárselo. ¿Qué espera?

David arrojó una mueca de desprecio.

—No desaproveche esta oportunidad —dijo Bruno Rojas—. Alimente al astronauta que lleva dentro.

David estuvo a punto de cerrar la puerta de un portazo. Olga se asomó por encima de su hombro al escuchar esa voz melodiosa. Tuvo la boca abierta por largos segundos.

—No puede ser... ¡Estás aquí! —exclamó Olga, llena de júbilo.

—Muy buenas tardes —dijo Bruno Rojas o la versión calcada de un espectro computarizado—. ¿Ya conoce nuestro concurso? ¿No le gustaría ganar esta aeronave? Pequeño, liso, aerodinámico y claramente distinto a todo lo que se ha construido hasta ahora. Solo debe enviar NAVE al 403000 o mandar un correo a Mauricio del Castillo, en cuidado de la Loca Fiesta del Té. Su número de concursante le será proporcionado a la puerta de su hogar. Usted no piensa desaprovechar esta oportunidad, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondió Olga, con las mejillas sonrojadas.

—No creerá que mi esposa va a entrar en estos concursos estúpidos, ¿verdad? —sentenció David.

—David, no lo asustes. Está haciendo su trabajo —imploró Olga.

Bruno no pudo terminar de enunciar algunas otras características técnicas del aparato. Sin decir más regresó a la nave como si fuera a partir al Sistema de Vega para una emergencia.

Una vez que la puerta se contrajo y se cerró, David y Olga volvieron a sus asientos. Mientras David aplastaba su macilento cuerpo contra el sillón, Olga se mantenía en el sofá, con los pies entrecruzados sin dejar de meter una mano en el tazón de palomitas y llevárselas a la boca.

En la pantalla se presentó un vals masivo. La escena recordaba a una partida de ajedrez de los viejos tiempos. Todo iba bien en aquella fiesta, hasta que la figura de Fran Larrazábal hizo acto de presencia.

Ahora fue el turno de un nuevo corte comercial. El timbre volvió a sonar de nuevo. En un acto repetitivo, David acudió a la puerta, esta vez preguntándose qué más podía presentarse en su jardín.

Luego de que la puerta se expandiera, David se encontró con un parque de diversiones montado a todo lo largo de la calle. Justo enfrente de él se hallaba toda clase de personajes estafalarios que no dejaban de danzar y hacer cabriolas. Contorneaban sus cuerpos en posturas imposibles o escupían fuego. Allí había una tribu danzante, botargas, dibujos animados, así como algunos animales amaestrados.

¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



- *Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.*
- *Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.*
- *CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.*
- *Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.*
- *Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.*
- *Asesoría en redes sociales.*
- *Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.*
- *Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.*
- *Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.*
- *Mantenimiento de computadoras y redes.*
- *Recuperación y respaldo de datos.*

w: <http://iotopia.net>

@: estudio@iotopia.net

Skype: [estudio.iotopia](https://www.skype.com/en/contacts/estudio.iotopia)

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

David estuvo a punto de cerrar la puerta cuando un zapato se interpuso en el mecanismo, impidiéndoselo.

—Hola. ¿Cómo está usted, señor Gonzaga? —preguntó el propietario del zapato, un animador de camisa rayada con tirantes y sombrero de copa blanco. Su gran sonrisa hacía que las puntas de sus bigotes se contornearan aún más—. Diviértase dentro de nuestro parque de diversiones *El Rincón Feliz* y sea dichoso de pasar una aventura sin igual.

—No me interesa.

—Observe nuestro folleto digital, señor Gonzaga. Tiene una zona para personas de la tercera edad, donde podrán descansar y disfrutar de un rato agradable. Paseo en góndola, cafetería, fuentes de agua, lotería en las tardes...

—¡No soy tan viejo! —replicó David. Frunció el ceño y dejó ver sus duras arrugas de descontento.

—Nunca dije que lo fuera, ¿eh? Usted está malinterpretando mi anuncio.

—¿Quién eres tú?

—¡Un amigo! —El animador levantó los brazos, haciendo lucir su buen humor y su energía—. Esa es una de las razones por las que estamos aquí: para hacerle ver que no tiene nada que temer y sí mucho por lo que divertirse. ¿Qué hay de malo en pasar un buen rato en los parques de diversiones? *El Rincón Feliz* es su oportunidad de revitalizar su vida, señor Gonzaga.

—No. Déjenme en paz.

El animador se dio cuenta de la presencia de Olga. Pasó de largo del semblante duro de David y se dirigió a ella:

—Señora Gonzaga, ¿no le gustaría pasar un fin de semana en *El Rincón Feliz*? Usted puede recordar sus días de infancia y ser esa reina que tanto soñó ser por un día. ¿No le parece algo encantador?

—¡Oh, sí! Eso mismo estaba pensando. David, llévame al *Rincón Feliz*. ¿Hace cuánto que no salimos de vacaciones?

—¡La semana pasada fuimos a la China, mujer!

—¿En serio? Lo había olvidado.

El animador consultó su reloj. Abrió los ojos en plenitud y dijo:

—Bueno, ya será en otro momento, señor Gonzaga. Es hora de partir.

—Me alegro —contestó David, con mucha desgana.

—Yo lo convenceré —dijo Olga, como si David no estuviera ahí—. Usted no se preocupe.

La música y la presencia del parque de diversiones fueron haciéndose más y más pequeñas hasta desaparecer por completo.

David accionó el mecanismo de la puerta y volvió al sofá. Estaba cansado y fastidiado. Olga se acomodó otra vez en su lugar sin que se viera afectada su emoción por continuar viendo la telenovela.

—Así pues —comenzó ella—, ¿todo lo que se anuncia por televisión es malo?

—Sí. Apesta. No son más que una serie de bodrios infumables. Ese maldito infeliz de Chauncer debería meter manos en el asunto y ofrecer algo de más calidad.

Dentro de la pantalla, Bruno Rojas estaba sentado en la silla de ruedas, vestido con una fina bata de encaje que le cubría desde el cuello hasta los pies. Llevaba una visera y unas gafas de sol. Sus pantuflas de felpa colgaban de sus pies.

Sucedió un nuevo corte comercial. El timbre ya aturdía a David, pero decidió no moverse ni una pulgada. Emitió un gruñido y dijo:

—No pienso atender. Te toca a ti.

—Necesito ir al baño, David. ¿Por qué no lo haces tú? Tal vez anuncien algo que te guste.

—Está bien —murmuró David. La puerta volvió a expandirse y dejó ver la silueta de una chica muy esbelta. Cuando la luz de la tarde terminó por asentarse y los ojos de David

se ajustaron, se dio cuenta entonces de que se trataba de la despampanante Fran Larrazábal. Sobresalía como una ninfa dispuesta a seducir a cualquier hombre.

—Buenas tardes. ¿Se encuentra la ama de casa?

—Está... ocupada —dijo David, con un hilo de voz—. Pero si quiere la puedo atender yo.

Fran dio un paso adelante, justo en el límite que marcaba la propiedad privada donde el anuncio se interrumpía. David temió que su esposa los encontrara juntos y los asesinara con un rifle.

—Entonces tal vez usted me pueda escuchar. ¿Su esposa conoce los productos de limpieza facial *Intenso Coral*? ¿No? Este es el resultado de un proceso por seis semanas de *Intenso Coral*. Mi cutis no podría ser más perfecto.

—Yo... creo que se ve muy bien. No tengo por qué quejarme, señorita.

—¿No le gustaría ver a su esposa con estos patrones de belleza? Sólo unte un poco de esta crema en su rostro y verá cómo...

David escuchó pasos dentro de la casa y la aguda voz de Olga que lo llamaba. No lo dudó más y cerró la puerta.

—¿De qué se trataba, David? —preguntó Olga al ver la agitación de su marido—. ¿Qué querían?

—Herramientas. Me vendían herramientas. Ya sabes: martillo, sierra, taladro.

—Te ves nervioso. ¿Ocurrió algo?

—Creo que el precio me alteró. Es demasiado caro.

La pantalla reprodujo un adelanto del siguiente programa. Enseguida se tornó negra, sin ningún sonido excepto un leve chirrido.

De pronto apareció un hombre encapuchado que portaba un arma de alto impacto. A su costado se encontraban otros dos. David y Olga no entendían nada. Se miraron en busca de una respuesta, pero no la hubo. El más alto de ellos habló:

—El camarada Chauncer ha anunciado el resultado del plebiscito, pero creemos que no beneficiará a la verdad. Por este motivo el Partido de los Subterráneos se ha revelado y levantado al pueblo en armas. Chauncer y su gabinete tendrán un juicio justo. Ahora estamos limpiando los canales y los sistemas de transferencia en beneficio de la población libre.

David apagó la pantalla y se sentó. Olga se aferró a su brazo.

—Pero... ¿qué sucedió con la telenovela? ¿Detuvieron a Héctor Miguel? ¿Se casará Angélica con el agente Larsson?

Voces. Pisadas. Algunos gritos.

La puerta estalló.

—Dios mío —gimió Olga—. ¿Qué pasa, David?

Había tres hombres de pie en el umbral de la puerta, hombres con pasamontañas y uniformes grises, cargados con escopetas y una serie de extraños aparatos. Bombas y mangueras. Contadores colgados de gruesos cables. Martillos, correas de cuero y bastones eléctricos. David notó bajo los pasamontañas un par de ojos enrojecidos que lo miraban con brutal desprecio.

Entonces supo que la entretenida programación del día había sido sustituida por la dura realidad.



Un día de suerte

Por: Jesús Manrique





eran las 19:25 horas, me encontraba caminando por la calle con dirección a mi casa. Estaba concentrada en la lectura de un libro nuevo que había conseguido. Bueno, era nuevo en mi biblioteca. De por sí, ya tenía muchos años publicado, pero lo estuve buscando por largo tiempo en las librerías de la ciudad. Sin embargo, al no encontrarlo tuve que recurrir a internet. Curiosamente lo encontré en una web de remates y su adquisición me fue «fácil», dado que fui la única postora. Como no se trataba de un portal de ventas internacionales, el vendedor me lo tuvo que enviar por medio del correo postal. Hoy llegó el esperado paquete y me dispuse a ir a recogerlo a la oficina postal. Toda una tragedia. La atención era un caos y pasé alrededor de tres horas esperando a que ubicaran el paquete, lo verificaran y a firmar papeles. ¡Solo por un libro!

Pasado el trauma, decidí revisarlo con mucho cuidado. Para mí era toda una maravilla puesto que, como comenté, lo había estado buscando durante mucho tiempo y haberlo conseguido representaba un gran logro.

Normalmente, cuando me sumerjo en la lectura pierdo la noción del tiempo e ignoro todo lo demás. Es así que mientras caminaba me dedicaba a la lectura de este libro. Esto fue motivo de una serie de percances; lo reconozco: por mi descuido pude haberme visto afectada seriamente. Me he salvado de caídas, tropiezos, golpes e incluso de ser atropellada. He tenido buena suerte en ese aspecto.

Pero en esta ocasión fue diferente. Mientras caminaba en automático, mis pies se engancharon con algo. Logré hacer a tiempo los malabares necesarios para recuperar el equilibrio y evitar caerme. A mis pies había un bolso grande de color turquesa, algo sucio. Sin embargo, al mirarlo bien, me sorprendí puesto que parecía nuevo. Aparentemente alguien lo habría olvidado. En uno de sus laterales, en la parte inferior derecha, tenía estampado de forma muy particular la cabeza de una caricatura felina inexpresiva —muy conocida a nivel mundial—. La caricatura estaba ladeada hacia la derecha, como si mirase hacia arriba. Y, ligeramente por encima de ella, de izquierda a derecha había, también estampadas, siete figuras de unas niñas que al parecer reían como si saltaran una al lado de la otra. Con «particular» me refiero a que los trazos de cada figura no parecían ser continuos, sino compuestos por varios trazos cruzados, como si se estuviesen deshilachando o algo así.

Decidí abrir el bolso para revisar su interior y ver si había posibilidad de encontrar alguna referencia de su dueño. Corrí el cierre que se ubicaba en la parte de arriba, de extremo a extremo. El interior era negro, de un material que podría decirse parecido al terciopelo, muy suave y agradable. Estaba completamente vacío.

Decidí esperar unos minutos en ese mismo lugar para ver si por alguna circunstancia pudiese aparecer su dueña y podérselo entregar. En caso contrario me lo llevaría, dado que el bolso no se veía tan mal; después de todo, le encontraría algún buen uso. Mi suerte mejoraría en algo.

Me colgué el bolso del brazo derecho y coloqué apropiadamente las asas para que se pudiera ver fácilmente. Mientras tanto, retome mi lectura.

No estaba segura de cuánto tiempo habría transcurrido hasta que mi concentración se vio interrumpida por la sombra de alguien que se puso delante de mí, dificultándome la lectura. Levanté la mirada con el pensamiento de que posiblemente se tratase de la dueña del bolso.

Frente a mí se encontraba un sujeto completamente desaliñado y sucio, con los cabellos y la barba tupidos, desaseados y apelmazados. Los harapos y los extraños objetos que llevaba encima se unían tosca y misteriosamente con una especie de cuerda que lograba mantenerlos estables, de tal manera que lograba que su indumentaria no se desmoronase.

Me contemplaba como hipnotizado. Yo estaba paralizada. Me miró de arriba abajo, de izquierda a derecha, y dirigió una de sus manos con intención de tomarme por el brazo derecho.

Movida por el instinto retrocedí. La expresión en su rostro cambió bruscamente, volviéndose agresivo y con intenciones de atacarme.

Retrocedí dos pasos más y miré a todos lados. No había nadie en la calle en ese momento. Ningún auto se veía próximo. Decidí armarme de valor y emprender la marcha para huir de ese sujeto. Al parecer se dio cuenta de ello pues se disponía a abalanzarse sobre mí.

Fue en ese preciso instante en que mi pie izquierdo reaccionaba a los impulsos de mi cerebro ante la alerta del peligro inminente cuando sentí un gélido toque que me apresaba el brazo derecho. Dirigí rápidamente la mirada hacia allí y vi una mano blanca que me sujetaba... ¡y estaba unida a un brazo que provenía del interior del bolso! Me olvidé completamente del sujeto, que incluso podría decir que se quedó tan paralizado como yo.

En el interior oscuro del bolso podían verse unos brillantes ojos amarillos de pupilas rasgadas, como si de una bestia felina se tratase, que me miraban siniestramente.

Mis gritos desesperados se hicieron oír en la noche cuando sentí cómo el blanco brazo me empezaba a jalar hacia el interior del bolso.

* * *

La joven se dirigía a su casa, contenta. Ese día su padre retornaba de viaje, después de varios meses. Ella salía de clases y le daría alcance para reunirse con el resto de la familia. Durante su recorrido, se percató de que en la acera se encontraba tirado un bolso grande de color turquesa. En un principio le pareció que este se movía, como si tuviese algo en su interior que luchaba por salir, pero de repente se detuvo. Se acercó con curiosidad y se animó a recogerlo para revisarlo. En uno de sus lados tenía estampada la figura de la cabeza de una caricatura felina inexpresiva que a ella siempre le había gustado. Además había ocho figuras de unas niñas que se encontraban ubicadas alrededor de la caricatura felina. En un principio daban la impresión de que estuvieran gritando pero, tras un parpadeo, parecía que se estaban riendo.

Al ver que el bolso no estaba muy maltratado decidió llevárselo a su casa.

Era su día de suerte.



Elotán y Yacebú

Por: Omar González





urcaba el espacio con ahínco, en una carrera feroz como el cazador durante un último esfuerzo para atrapar a su presa a tan solo un palmo de sus fauces. Hubiese salido de haber tenido boca o saliva. Pero él, Yacebú, uno de los miembros de mayor estima en la comunidad de los Perennes, no buscaba una víctima; por el contrario, quería salvar a un amigo.

En su carrera improvisada lo sorprendieron los muros de la frontera, que se elevaban frente a él invisibles pero evidentes. Entonces dirigió su atención al camino que había recorrido. La nutritiva Luz de la comunidad se extendía por todas partes desde el centro de su hogar.

¿A dónde había huido el fugitivo? Estaba seguro de haber buscado en cada resquicio del espacio. «Al menos nadie más da la alarma», pensó. Tenía que encontrarlo primero, antes que cualquier otro; de lo contrario no podría ayudarlo. El Veya tenía fija la idea de apresarlos por romper la regla de la vida, la regla primordial en la comunidad. Antes pediría su arrepentimiento, por supuesto, pero él no mostraría rectificación; lo sabía, pues lo conocía bien. No estaría tranquilo hasta no experimentar él mismo el porqué de su error. Esto traería grandes problemas a los miembros de la comunidad, que se verían obligados a mantenerlo inerte mientras, después de varios eones, buscaban un castigo para compensar una ley quebrantada.

Sucede que en la comunidad de los Perennes las leyes habían estado siempre presentes en cada actuación de sus miembros, pero no recordaban nada de los castigos que acarrea su desobediencia. Hacía demasiado tiempo, y hasta se les antojaba pensar que nunca acaeció una situación igual.

Entre los Perennes estaba prohibido crear vida de la Luz de la comunidad, pues esta era alimento y no matriz. Para crear vida se necesitaba de todos los hermanos en cooperación y paz bajo la guía del Veya. Y qué vida habían creado durante todos estos eones: maravillosos seres y civilizaciones que vivían y se nutrían de la Luz de los hermanos, desarrollándose en formas asombrosas e imprevisibles, y que habían aportado a los Perennes dicha, progreso y admiración. Los Feisitas, veloces y astutos; los Críxferos, concentrados e inmóviles; los Ayamah; los Giregolindes, que construyeron las puertas de tormenta y tantos otros millones de especies inteligentes.

Al amigo de Yacebú se le había ocurrido la idea de crear vida sin ayuda de los demás. Con la cantidad de Luz suficiente, según él, se podía hacer, y no eran necesarios esos billones de eras de planificación conjunta. Esto traería aún mayor diversidad y prosperidad al hogar. Además, en la creación individual cada hermano podría expresar libremente su idea de la vida, y esto no haría más que enriquecer el universo.

Por eso se atrevió a un primer intento, el cual quedó frustrado de inmediato; es difícil guardar secretos entre los hermanos, aunque no imposible. La primera reacción del infractor fue huir, acto que sorprendió en exceso a la comunidad, pues tan solo con arrepentirse estaría todo solucionado. Además ¿dónde se escondería?, si no existía rincón del universo que un Perenne desconociera. Sin embargo, Yacebú lo advirtió inmediatamente al enterarse de lo ocurrido, lo cual le dio ventaja para salir en su búsqueda mientras los demás se preguntaban a dónde habría ido. Su plan era alcanzarlo, y su esperanza, probarle el error de sus ideas para así lograr un arrepentimiento alejado de mayores consecuencias.

Lamentablemente, incluso con esa ventaja Yacebú había fallado en la tarea de encontrarlo, pero para su tranquilidad los otros también. Ahora se enfrentaba a una decisión difícil. Detenido al borde de su amado espacio, su hogar, su universo, sopesaba las probabilidades de que el amigo, en su infinita terquedad, cruzara el borde y se internara en el vacío insondable, cuya ausencia de todo parecía capaz de devorar la misma Luz que lo alimentaba a él y a los demás seres vivos. Se extendía frente a él de forma serena y amenazante, advirtiéndole de no tomar una fatídica decisión. Era imposible inadvertir la muerte segura que esperaba del otro lado.

«¿Se atrevería a tanto?», pensó. ¿Acaso su amigo no buscaba huir sino morir en un acto de rebeldía absoluta contra todas las reglas y contra el significado de existir en la comunidad

como un Perenne? ¿O solo se trataba de un acto irracional, provocado por el temor a un castigo desconocido? En cualquier caso, la situación merecía un rescate.

El hermano deliberaba sobre todo esto cuando se enteró de un detalle proporcionado por sus congéneres. Elotán, el fugitivo, había escapado con una muy considerable fuente de luz, robada en la galaxia de Fera, cuyo campo estaba siendo preparado para un nuevo proyecto de creación. Entonces él entendió mejor la situación. Estaba viajando por el vacío, su plan era experimentar dentro de este, lejos de las reglas constrictivas de sus hermanos. Debía alcanzarlo pronto antes de que se alejara demasiado.

Fue así que Yacebú, uno de los hermanos más queridos de la comunidad de los Perennes, abandonó el hogar en un acto de amor y riesgo por la vida de su amigo y la paz de la comunidad.

* * *

La poderosa y eterna Luz menguaba poco a poco. Al principio podía distinguir billones de billones de puntos brillantes al mismo tiempo que grandes discos refulgentes; luego todo se comprimió en una larga espiral, con un centro aglomerado de energía; después se veía tan solo un disco gigante a la distancia.

Elotán sintió miedo, algo casi desconocido para él, aunque pudo percibirlo constantemente entre sus creaciones. Sabía que era algo peligroso; podía funcionar a tu favor como ser su ruina. Cada vez era mayor; primero, cuando estuvo en la frontera, cosquilleó su mente y lo puso en alerta; ahora se esparcía por todo su ser y temió que se volviese incontrolable. Detuvo su veloz viaje un instante, reflexionó si la opción escogida era la correcta.

* * *

A la distancia hasta donde alcanzaban sus sentidos el disco luminoso había desaparecido, el vacío lo envolvía, el eterno resplandor no lo nutría más. Si decidía volver este era el momento; seguir avanzando lo sentenciaba al no retorno. Al menos hasta encontrar a Elotán ya que él tenía la Luz que había robado de Fera y eso sería alimento abundante para buscar y volver a casa, incluso para ser un faro que los demás hermanos podrían rastrear si se acercaban lo suficiente.

Entonces seguir avanzando en el oscuro vacío convertiría el propósito de encontrar a su amigo fugitivo no solo en un acto de amor sino de vida, de sobrevivencia. Pero la decisión debía tomarse de inmediato, pues a cada momento su objetivo se alejaba tanto como el hogar.

Supo que el amor debía estar por encima del miedo pues con regresar a casa y sobrevivir el temor desaparecería. No obstante, sería una existencia desconsolada, tanto ante la evidencia de su fracaso como ante la ausencia de su hermano.

Nunca antes había desaparecido un miembro de los Perennes; sería quizá algo tan devastador como si hubiese muerto frente a ellos. La comunidad estaba trastocada, eso ya no podía evitarse: Elotán había desobedecido sin arrepentirse de ello, pero una muerte entre los hermanos parecía aún peor. ¿Qué efectos podría tener, sobre todo entre los millones de civilizaciones que los consideraban bondadosos inmortales dignos de toda su confianza?

Ese era otro motivo que lo inclinaba a seguir la búsqueda. Regresar sin intentarlo traicionaba lo que un ser como él representaba en el universo, al menos lo que representaba para las criaturas tan minuciosamente concebidas bajo la guía del Veya.

Era poco probable que Elotán regresase por sí solo después de verificar el fracaso de su proyecto con la Luz de Fera, pues sabría en ese momento, incluso estando arrepentido, que era tarde para él. La vida errónea o mal creada traería la trágica muerte de estos mismos seres, convirtiendo al creador en un abominable criminal de millones de vidas, vidas condenadas desde un principio. El daño estaría hecho, el castigo sería ejecutado.

Aunque estas suposiciones parecían calificar la idea de seguir la búsqueda como correcta, todas ellas se sustentaban en la presunción de que efectivamente sí encontraría a su hermano en esta inmensa nada, antes de ejecutar su intento, y lo convencería de volver arrepentido. De no ser así, de fallar, serían dos los desaparecidos o muertos, dando un resultado igual o peor al que se buscaba evitar.

Entonces la conclusión apareció con simpleza: o encontraba al prófugo para llevarlo a casa o todo, de una u otra manera, estaría peor.

Se lanzó al interior de la ausencia absoluta, esta vez sin duda alguna, con la mayor velocidad posible para él. Había perdido ya demasiado tiempo. La Luz sustraída del hogar aparecería pronto, pues sin duda destacaría en semejante desierto de nada; así marcaría la dirección a seguir.

Pero el fulgor no dejó rastro en su tránsito por el vacío. Luego de un largo buscar, Yacebú percibía el cansancio como nunca antes, anhelaba un atisbo de energía que alimentase su ser. No arredró en ningún instante, a pesar de su agotamiento, aunque pronto estaría forzado a detenerse.

«Acaso todo se termina aquí», pensó. De esta manera, inerte, sin dirección en la oscuridad, hasta dejar de existir. «Tal vez deduje mal la situación».

Una irónica y amarga alegría lo invadió al imaginar a Elotán en el hogar nunca abandonado. Tal vez supo esconderse bien, nada más. ¿Estaría arrepintiéndose ahora mismo? «Torpe de mí. Mientras, yo continúo aquí, sin saber cuándo dejaré de poder moverme por mi cuenta. Quedaré a la deriva en este lugar donde en realidad no sabría decir si las cosas se mueven o no. Allá en el hogar todo se mueve todo el tiempo, así no quieras. Pero aquí... No quiero desaparecer, no quiero apagarme, no quiero sentir este miedo».

Un tiempo después Yacebú dejó de moverse. Sin embargo, no era porque ya no le quedasen energías, sino porque no se atrevía a gastar lo que quedaba de él. El miedo era un buen recuerdo en su mente, un sentimiento peligroso, el cual podía funcionar a favor o en contra; lo que ahora lo dominaba e inmovilizaba era un pavor tan colosal como era la oscuridad a su alrededor.

El tiempo siguió impasible; contemplaba cómo el poderoso Perenne se reducía hasta que una chispa ínfima iluminó el destino del afligido. No estaba seguro en un primer momento, así que fijó bien su atención hacia ella. Entonces la vio otra vez alumbrar un diminuto espacio en el vacío. Aunque efectivamente era minúsculo, a nuestro agonizante viajero le pareció tan gigante como el abandonado hogar y el desierto oscuro juntos.

Se alegró de haber guardado fuerzas en los últimos momentos, fuerzas que ahora podía usar para moverse directo a su salvación, su destino y su rebelde amigo. No tardó mucho en recuperar energías, proporcionadas estas por la Luz cada vez más basta. Era inconfundible el fulgor robado de su hogar; lo identificaba en cada partícula de su persona. Se reuniría pronto con Elotán, esperaba no llegar tarde.

Cuando al fin se encontró con regocijo entre las vigorizantes incandescencias pudo notar que era un laberinto.

Recorrió los caminos extraños de estrella a estrella, se perdió, se confundió, quiso volver sobre sus pasos y no pudo. Como estaba acostumbrado a la organización de la hermandad, aquí todo parecía estar al revés.

Anduvo un tiempo preocupado por Elotán. «¿Habría abandonado este lugar también?», se preguntó. ¿Era demasiado tarde?

—Fue divertido verte correr de aquí para allá, hermano —resonó una voz inubicable.

—Estuviste observando todo el tiempo —respondió Yacebú—, querías asegurarte de que estaba solo, ¿verdad?

—Buscas mi arrepentimiento.

—¿Existe ya algo de qué arrepentirse, hermano?

—Robé la Luz de Fera, ¿no sería suficiente?

—Sabes muy bien que eso es lo de menos. Muéstrate ya.

Una mancha blanca se formó cerca de él. Al principio apareció como vapor que emanaba de muchas estrellas cercanas, hasta concentrarse en una naturaleza aparentemente sólida. El viajero sintió alegría al ver a su hermano sano y salvo. Quiso estirarse hasta él en un contacto fraternal pero contuvo la intención, pensando que mostrarse formal contribuiría a una rápida conclusión de su autoimpuesta misión.

Elotán no se movió, parecía expectante. También extrañaba a su hermano, pero no estaba seguro de sus intenciones. Bien podría haber hecho este largo viaje con los ánimos fijados en inmovilizarlo y llevarlo prisionero. En ese caso, era astuto haber venido solo, así esperaba hacerlo bajar la guardia, pues lo formal para una captura es hacerlo en grupo.

Aunque, de estar equivocado, significaría que su querido amigo había arriesgado la vida en el vacío con la única esperanza de guiarlo al arrepentimiento. Este acto no solo mostraba el gran amor del hermano por sus congéneres en la comunidad, tampoco era solo otra prueba de que la gran estima de la que gozaba Yacebú allá en el hogar hasta del mismo Veya era justificada, sino también era una puerta abierta a la posibilidad de usar la buena disposición de este para ser convencido. Podía imaginarlo: ambos hermanos creando vida en el laberinto, regresando juntos a su propio mundo con noticias que contar de su exitoso experimento; aquello cambiaría el orden de la comunidad de los Perennes.

Mientras el huido imaginaba esto, su amigo cedió al ansia y decidió expresar sus pensamientos de inmediato y en tono recriminatorio.

—¿Qué significa este laberinto formado por estrellas, Elotán? ¿Acaso este fue tu propósito todo el tiempo, primitivas bolas de fuego explotando sin cesar? No solo eso, también he visto trozos de materia flotando alrededor de ellas. ¡Materia, hermano, materia!

—He elegido la materia como base para mi creación.

—¡Absurdo! ¿Por qué?

—Es un elemento maleable y a mi parecer infravalorado.

Hubo un silencio de reflexión para ambos seres.

—¡Mentira! —bramo Yacebú, con sentimiento de éxito—. La Luz que robaste no te ha permitido empezar con nada mejor. No lo niegues, te has enfrentado a tu primera derrota.

—No es así —replicó el otro hermano, impávido.

—¿No lo ves, querido amigo? Esta empresa es fútil, abandónala ya. Existe una razón por la que creamos vida como lo hacemos.

—Te sientes tan seguro de ello.

—¿Y acaso no es así? ¿Aún no lo compruebas?

El fugitivo dio vuelta sin decir nada y se alejó. Su hermano lo siguió con apuro, pues no quería perderse otra vez entre los astros.

—¿Entiendes el potencial de mi empresa, lo que significaría de tener éxito?

—Sería el caos, amigo. Cada hermano de la comunidad, creando su propia vida a su caprichoso antojo...

—¡Lo ves! Entonces lo aceptas. No se trata del poder de la Luz para crear vida. No estás intentando rescatarme de un absurdo error. Es el miedo, sí, el miedo de todos los Perennes a dejar de dominar el control.

—¡No sabes lo que dices, Elotán! —gritó Yacebú mientras perseguía a su hermano.

Se detuvieron de repente en un hermoso lugar en el que refulgían gases de colores, explosiones incandescentes, la materia despedazándose y fusionándose también.

—Mira este lugar. ¡Míralo! Rebosa materia prima para la vida. En este rincón de mi laberinto, que no es el centro ni el extremo: es cualquier parte. ¿Te das cuenta? Ni siquiera necesario seguir las costumbres de nuestro hogar, donde todo comienza en el centro y se expande en espiral.

—Aquí no hay vida, hermano, solo caos.

—Así prefieres verlo tú porque no es como el Veya lo hubiese querido. Le mostraré a él, a ti y a todos los hermanos que del fabuloso caos puede surgir la existencia. Al fin y al cabo, eso es todo lo que temen ustedes, que las cosas se hagan diferente a como mandan.

—Tranquilízate, Elotán, piensa bien tu siguiente paso. Recuerda que si las cosas salen mal serás condenado por la muerte de billones de seres.

—Así piensas arrastrarme al arrepentimiento, con amenazas. Pues es tarde. Mira.

Ambos se acercaron y el hermano prófugo le mostró lo que había creado. Una de las rocas estaba llena de vida.

—¡Materia viva! —exclamó Yacebú, espantado.

Los animales corrían sobre la roca, nadaban bajo las aguas, las plantas ondeaban siguiendo el viento.

—Así es, poderoso hermano. Te lo dije: la materia es maleable e infravalorada.

—Pero ¿cómo?

—La Luz sí puede crear vida si aplicas algunos trucos.

El viajero se mostró interesado.

—Verás. Cuando empecé con esta idea en el hogar sabía que no podía crear existencia consciente tan solo de nuestro alimento. No obstante, me di cuenta de que era perfectamente posible crear con la materia y empecé a jugar. Durante miles de eras perfeccioné su manipulación, la investigué, y entonces, después de largo tiempo, descubrí algunos trucos, maravillosas características que podían servir para lo inimaginable. A nadie le llamaban la atención mis actividades cuando intempestivamente decidieron fijarse en ellas y me detuvieron. Sabía que no podría convencerlos, que no me dejarían intentarlo. Por eso hice un plan y hui.

»Usé la materia en diferentes estados. Para ello necesité crear este laberinto o universo, como yo prefiero llamarlo. De esta manera pude formar líquido y gas de muchos tipos, pero solo dos de estas concentraciones pueden usarse como combustible principal para la vida que estás viendo.

—Detente, no digas más, hermano. Esto es peor de lo que pensé.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo no puede llenarte de entusiasmo lo que estás viendo? ¡Eres ciego, solo puedes ver tus reglas! Eres incapaz de aceptar que fui muy hábil en mi empresa.

—¿Hábil? Hábil... Eso quieres: elogios, adulaciones. Es eso el motor de todo este lío ... Tu vanidad.

Elotán enfureció. Con un movimiento feroz amenazó a su amigo si seguía hablando.

—¡Basta, no digas otra palabra! Es suficiente. Cuando llegaste aquí pensé por un momento que podría convencerte para apoyarme. Ocurrencia ilusa, como puedo concluir ahora. Solo yo puedo ayudarte y entenderme. Soy diferente a todos ustedes. Soy el que soy y el que siempre seré. Y soy único.

Calmó sus palabras, apaciguó sus ánimos, mas con un ademán firme y desafiante invitó a su hermano a seguir mirando su obra.

Yacebú notó en su contemplación a un grupo de seres desnudos, como cualquiera de los demás habitantes del pedazo de roca aquel, que se comportaban de manera peculiar. En un proceso escalonado, su desarrollo se separaba ligeramente de los otros. Poco a poco los vio fabricar herramientas, matar, comer y vestir la piel de otro ser vivo, luego fabricaban adornos y hasta realizaban rituales en busca de trascendencia.

Su hermano advirtió con alborozo el asombro crispado en él y le habló.

—Sí, es vida inteligente.

—Te has sentenciado, querido amigo —murmuró, de forma casi inaudible.

—Al contrario. Es mi logro supremo. Con esto cambiaré la comunidad y el Veya tendrá que escucharme.

—¿De qué hablas?

—Basta con mirarlos, ciego amigo, cómo danzan y claman por lo que no ven. Son materia pero llevan la Luz dentro de sí. No tienen idea por qué, pero buscan ir más allá de sus cuerpos. Nos perciben dentro sin saber quiénes somos.

—El ciego eres tú. Es abominable. Están muriendo; casi de inmediato no bien terminan de crecer empiezan a morir. Por eso la materia es poco apreciada, por endeble.

Elotán asintió con resignación y dijo:

—Es verdad, eso te lo concedo. Pero confío en que encontraré la solución tras nuevos intentos.

—¿¡Nuevos intentos!?

—Hay muchas rocas girando cerca de las estrellas. Pienso poblarlas todas, por eso lo diseñe así. Cada intento será mejor.

—Esto es bárbaro. Tantos cadáveres creados para morir, ignorantes de todo.

—Te equivocas. Estoy recogiendo la energía de la Luz que dejan al morir. La almaceno para poder llevarla en algún momento de vuelta al hogar donde demostraré...

—... donde demostrarás ¿qué? Ahora están reuniéndose en grupos mayores, prosperando y haciendo arcaicas ciudades. Fíjate cómo se olvidan de esa innata percepción del más allá.

—Son solo algunos —responde el fugitivo, con cierta aprensión.

—¿Cómo sabes que no aumentarán? El logro máximo de estos seres será dominar la materia. En su camino apagarán la pequeña porción de Luz que les has dado. No demostrarás nada.

Yacebú logra ver en ese momento la duda de su amigo. Ha conseguido golpearlo con ese último argumento. Ya no hay esperanzas de evitar el castigo. No obstante, aún puede llevarlo a casa. Solo debe insistir y no dejar que se recupere de la duda.

—¿Qué esperabas? —le gana la palabra Elotán—. Ellos no pueden vernos constantemente como las demás creaciones de la comunidad.

—Porque son materia, tú lo decidiste de esa manera —replica el hermano.

—Me acercaré a ellos, les hablaré del camino de la Luz y me seguirán.

—Quizá por un instante, como cuando los creaste. Luego volverán a olvidar.

—Seré persuasivo.

—¿Cómo?

Hubo silencio por unos momentos. Elotán caviló ideas rápidamente para luego preguntar:

—¿Has sentido el miedo, Yacebú?

El hermano no respondió. Sin embargo, instantáneamente retrocedió.

—Claro que sí —continuó el prófugo—. Cruzar ese oscuro vacío debió ser aterrador. Yo también sentí temor, pero como llevaba la Luz robada solo puedo imaginar cuán peor fue para ti. Y por eso te estoy agradecido, amigo. En verdad eres un hermano leal. Volviendo a tu pregunta, esa es mi respuesta.

—Usarás el miedo para enrolosarlos.

—Hemos comprobado su poder.

Yacebú recordó una vez más la naturaleza de este sentimiento y cómo podía funcionar a tu favor o en contra. Por lo cual vio en el miedo la oportunidad de ponerle fin a esta situación con la mayor prontitud.

—Te digo, querido hermano Elotán, que no apoyaré tu causa. Sin embargo, he decidido quedarme para hacer un trato contigo. Reconocerás la justicia en él.

Elotán calló, intrigado, y se dispuso a oír.

—Tú afirmas el valor de estos seres, su poder de cambio para la comunidad. Yo niego valor alguno y creo que su ínfima existencia se equipara a su mérito. Por tanto te propongo: acércate a ellos, guíales y dales el camino correcto. Conducelos a través del miedo tal como lo has planeado. Pero al mismo tiempo dame la oportunidad de mostrarte su insignificancia; permíteme acercarme también, sin anunciarme, y te aseguro que los haré caer. Se hundirán tanto que renegarás de ellos. Harán cosas que tú sabes que los Ayamah, Giregonlindes y demás nunca

harían sin importar las circunstancias. Usaremos este primer y por ahora único grupo de seres como prueba. No crearás más vida inteligente que la que ya existe en esta roca. ¿Aceptas?

—¿Por qué tú dejarías de anunciarte? —preguntó el prófugo.

—No sería justo. Tú les darás el camino como hacemos los Perennes; en consecuencia ellos te adorarán. Yo recrearé las circunstancias posibles que los llevarían a alejarse de la Luz. Tal como ocurre en nuestro hogar. Si ellos supiesen que soy otro ser que compite contigo, podrían aferrarse irracionalmente a ti, dejándome en desventaja.

—¿Y si no logras tu cometido, Yacebú?

—Te ayudaré a poblar este universo tuyo. Después te acompañaré hasta el hogar, apoyándote en todo momento. Me opondré al mismo Veya en tu defensa.

—¿Tan seguro estás de ganar, hermano?

—Si gano, amado amigo, destruirás este lugar estrella por estrella y me acompañarás, arrepentido, para recibir tu castigo cualquiera que sea este. El orden será restablecido.

El hermano creador del laberinto se inquietó, miró fijamente a los seres inteligentes que entraban en guerra y hacían la paz, destruían y construían, ayudaban y abandonaban. Supuso como algo seguro poder inclinar la balanza hacia él, hacia la Luz, pues esta no haría otra cosa que beneficiar a aquellos seres en su reducida existencia.

Luego de un largo meditar aceptó.

Yacebú había planeado usar la misma arma que su hermano, el miedo, para tentar a sus víctimas. Pensó para sus adentros: «Qué desdichada raza. Acabamos de condenarlos a la angustia como estado constante de su existencia».

Entonces ambos hermanos Perennes empezaron con la ejecución del acuerdo, pero Elostán no cumplió del todo. En el mismo momento en que se acercó a los humanos, los alertó de su terrible rival. El adversario.



Destruir por accidente

Por: Carlos Martínez





Diego Hernández König, profesor de Física Aplicada en la Universidad Central, se hallaba rígidamente sentado frente al amplio escritorio de caoba del decano de la facultad, Ernesto de la Higuera. Este, detrás del escritorio, movía nerviosamente entre sus dedos una lujosa estilográfica destapada, en la que destacaba la plumilla: una hoja de oro de veinticuatro quilates, que de cuando en cuando lanzaba brillantes destellos. De la Higuera miraba alternativamente a la pluma y al profesor Hernández. A veces hacía un gesto con las manos, con la ilusión de ayudarse a contestar, pero era inútil. Diego esperaba estoicamente su «descarga».

—Por favor, profesor —se animó al fin de la Higuera—, no hace mucho cruzamos el umbral de la mitad del siglo XXI, y tú... ¡TÚ! me vienes con esta descabellada petición.

Diego no decía nada.

—Tienes a tu cargo la más cara y prestigiosa investigación que haya tenido jamás esta universidad. —El decano parecía tratar de disculparse por ser tan tajante, pero tenía que serlo—. ¿Te imaginas en qué posición de prestigio quedará tu alma máter cuando descubras y captures las partículas de antigравidad? Podrás ser todo lo pedante que quieras, hasta podrás optar, de seguro, a mi cargo... cuando me jubile.

Diego continuaba inmóvil.

—¿Será posible que no puedas ver la diferencia entre solicitar fondos para desarrollar la tecnología antigравidad y pedir dinero para atrapar fantasmas y aparecidos? —De la Higuera casi rogaba.

—Sí, me lo imagino —respondió Diego, suspirando—. Es decir, ni vale la pena intentarlo, ¿verdad?

—Verdad.

—No crees en esto que hago.

El decano se quedó con el «NO» atravesado a la altura de las cuerdas vocales. Un fétido olor inundó de pronto el despacho. Pensó que el hedor provenía de su escritorio, pero luego creyó que provenía del profesor Hernández. Al tiempo que dirigía su mirada a este, a quien veía muy difusamente, como si se interpusiera un celofán arrugado entre ellos, notó que la temperatura descendía mucho más de lo normal, y que la luz se volvía amarillenta. Repentinamente sintió un intenso y desagradable hormigueo en toda su mano derecha, y la costosa pluma que sostenía en ella salió disparada y fue a clavarse limpiamente en el techo.

Súbitamente todo volvió a la normalidad. La luz había vuelto a ser blanca, la temperatura, normal (aunque aún sentía el frío en sus huesos), y veía a Diego normalmente, salvo una diferencia: ahora una irónica sonrisa le torcía la cara bajo su nariz. Con la esperanza de que todo hubiese sido una alucinación, levantó la vista al techo: no, no había sido una alucinación. La hoja dorada de su querida pluma seguía incrustada en el concreto.

—Tú... no ocasionaste esto, ¿verdad? —preguntó cautelosamente a Diego.

—Verdad.

El decano decidió guardar un poco las apariencias y, tras acomodar su atuendo y arrellanarse en su sillón, prosiguió.

—¿Qué aplicaciones podría tener algo así?

—Aún no lo sé —respondió Diego—, pero no debe ser difícil encontrarle utilidad a los resultados, cuando los conozcamos a fondo.

—Ya veo. Pero no puedo decir que necesito dinero para atrapar espíritus y fantasmas. Presenta formalmente el proyecto, pero con otro objetivo. Será más fácil así.

Diego tan solo asintió.

—A ver... ¿Cómo empezó todo esto? —Y el decano se acomodó de nuevo en su sillón, cruzó los brazos sobre el prominente abdomen y se dispuso a escuchar.

Diego hizo lo mismo, aunque el mueble donde estaba sentado no era tan cómodo.

—Un momento, profesor —detuvo el decano a Diego cuando este abrió la boca—. Gladys, no estoy para nadie, a menos que sea el rector —Acto seguido dejó el *intercom*.

—Sí, señor —respondió automáticamente la secretaria.

—Ahora puedes comenzar —indicó.

* * *

De camino a su casa, Diego rememoraba el relato de los sucesos que originaron la situación en la que ahora se encontraba. Se había sentido algo incómodo contando aquello de los gemidos, los ruidos, las cadenas que se arrastraban, las cosas que se caían solas de su sitio; poco tiempo hacía de haberse mudado con su esposa a aquella casa. Recordaba que el decano no se había inmutado al oír todo eso, ni siquiera al oír lo del «colmo de la biblioteca». Había pasado tres días acomodando los casi mil quinientos libros que tenía —sin contar las revistas y folletos— y los había ordenado escrupulosamente, como era su costumbre: por materia y de la A a la Z. Y al día siguiente los había encontrado todos de cabeza, empezando por la Z y terminando en la A. El decano ni pestañeó al oír aquello, hasta que escuchó lo del detector.

En una noche de inusual actividad paranormal, Diego se encontraba en su taller, completando el ensamblaje de un detector extrasensible de anomalías gravitatorias que tenía conectado a un impresor de agujas, tipo sismógrafo, y a una computadora. Podía haberlo hecho todo digital, pero disponía del impresor propiedad de su abuelo, que había heredado y arreglado por puro hobby, amén de la ingente cantidad de papel para el aparato. Por no mencionar el no se qué romántico que lo analógico tenía para Diego.

De pronto, la mesa de trabajo tembló y unas herramientas que estaban sobre ella se elevaron lentamente, y de igual manera descendieron sobre la mesa al cabo de unos segundos. Aunque Diego ya se había acostumbrado a los extraños fenómenos que ocurrían en su casa, no dejaba de sentir cierta fascinación cuando ocurrían frente a él. Al concluir el fenómeno, Diego miró distraídamente su equipo, y vio el papel milimetrado del impresor.

—¿Se registró eso en el papel? —le había preguntado suspicazmente el decano.

Acto seguido, Diego sacó el registro del bolsillo de su saco y lo desplegó ante su interlocutor: una larga tira de papel milimetrado con cuatro líneas negras en ella. Ipso facto, de la Higuera casi arrancó de sus manos la tira de papel y la miró detenidamente, con el entrecejo fruncido. Cada línea representaba por separado una perturbación unidimensional de la gravedad; de las cuatro líneas, las que representaban las tres dimensiones físicas mostraban cambios, mas la cuarta, el tiempo, seguía inalterable.

—¿Cómo es posible que una perturbación material tridimensional no afecte al tiempo? —se preguntó, incrédulo, el decano.

—Tal vez sea que no fue una perturbación material tal como la conocemos, o el circuito detector temporal no fue lo suficientemente sensible... O simplemente no lo sé. —Diego se limitó a encogerse de hombros.

Las líneas mostraban que las alteraciones eran de por sí bastante curiosas: los gráficos no eran las líneas irregulares que se suelen ver, sino suaves y simétricas ondulaciones más parecidas a sonidos uniformes de baja frecuencia. Además, cada trastorno unidimensional tenía una diferencia temporal de dos segundos: a los dos segundos de iniciada la perturbación en una dimensión se iniciaba en la segunda, y a los dos segundos, en la tercera. Por separado. Y el fenómeno concluía de igual manera, pero en sentido inverso.

—Esto no puede ser —había comentado, incrédulo, de la Higuera—, según este gráfico, algo anormalmente simétrico y homogéneo atravesó tu mesa de trabajo, apareciendo en una dimensión a la vez. —Dirigió su mirada a Diego.

—Así parece.

—Eso hay que investigarlo. —El decano le devolvió la hoja—. Por lo visto, los fulanos fantasmas no son tan inmateriales, y además, no parecen afectar al tiempo. A menos que esto que quedó registrado haya sido otra cosa...

Una expresión de fastidio afloró en el rostro de Diego cuando se dio cuenta de que, por estar pensando en su encuentro con el decano, había pasado de largo su casa, por lo que tendría que hacer un amplio rodeo para llegar otra vez a la cabecera de la calle donde vivía.

—Hola, Sara, ¿cómo estás? —saludó Diego a su esposa al entrar en la cocina, luego de haber tirado sus cosas a la buena de Dios sobre su cama—. ¿Alguna novedad?

—Hola, cielo. Estoy bien, gracias. Solo algo cansada —suspiró Sara, sin voltearse ni quitarle la vista a lo que estaba cocinando—. Ninguna novedad. Todo ha estado muy tranquilo hoy.

Diego se le acercó por la espalda y la abrazó rodeándola por la cintura y elevándola para besarla en el cuello.

—Hablé con Ernesto hoy —le dijo quedamente al oído.

—Y... ¿te creyó o sólo te oyó?

—Me oyó, sí. Y en medio de su negativa se produjo un fenómeno.

Sara entonces se volvió, sin intenciones de zafarse del abrazo, y lo miró entre sorprendida y divertida a los ojos.

—¿En serio?

—Sí, y hasta perdió su querida pluma... o al menos parte de ella: se clavó en el techo.

—Vaya, vaya. —Sara tenía el rostro iluminado con esa sonrisa a la que no se le podía decir que no—. Frente a sus narices. ¿Y qué dijo?

—Al principio parecía incrédulo, aun con el fenómeno.

—Muy típico del señor decano.

—Pero no fue eso lo que lo convenció.

—Y entonces ¿qué lo hizo?

—La hoja de registro del detector, donde quedó grabado el gráfico del fenómeno de la otra noche.

—¿Habrás, digo yo, algo en este u otro mundo o dimensión en lo que crea Ernesto?

—En el pragmatismo más duro —comenzó a responder Diego—. Incluso mencionó lo de presentar el proyecto formalmente con el objetivo cambiado, para solicitar fondos. Y aquí he de concederle la razón a Ernesto. No se puede solicitar financiamiento a la gente que tiene los fondos, gente que no confía ni siquiera en sus madres, y decirles que vamos a usar su dinero para buscar fantasmas... Y menos si tenemos en cuenta el descrédito de la parapsicología a fines del siglo pasado.

Sara se soltó lentamente del abrazo de Diego para seguir cocinando, con el mismo desganado con que Diego la dejó ir.

La cena transcurrió en silencio. Diego y Sara comían mecánicamente. Él miraba su plato sin verlo, sumergido en profundas cavilaciones, mientras ella lo miraba preocupada, tratando de adivinar lo que bullía en su mente. Diego tenía ya su platillo de postre vacío —las cavilaciones nunca mermaban su voracidad por los dulces— y jugaba con el vaso que hasta hacía poco contenía agua fría.

Sara tamborileaba sus dedos sobre la mesa.

—¡No se me ocurre nada! —dijo Diego, exasperado.

—¿Nada de qué? —inquirió Sara.

—He imaginado que ya hemos dominado esos fenómenos. Supongamos que ya conocemos sus causas y consecuencias; podemos reproducirlos... pero no se me ocurre para qué puede servir algo así.

—Creo que será mejor que te calmes, mi amor —le susurró suavemente Sara—. Dejemos eso para mañana, y...

Sara sonrió sugestivamente, entrecerrando los ojos, y tomó una mano de Diego, al tiempo que con su mano libre se soltaba un botón más de la blusa, ampliando el escote y dejando ver más del espléndido bronceado natural que tenía, además del sutil sujetador negro que llevaba.

—... y nos vamos a la cama —le susurró, mientras le estrechaba más la mano, haciéndole un gesto para que se levantara de la mesa.

—¡Sí, mejor deja eso para mañana y vamos todos a la cama con Sara! —retumbó una potente voz de bajo en el comedor, sin origen preciso.

* * *

Ernesto de la Higuera se revolvía en su lecho, pero no tratando de conciliar el sueño sino de pescar una idea que revoloteaba justo fuera del limbo de su mente. Trataba de encontrarle otro objetivo a la segunda investigación del profesor Hernández. Pero no algo solapado o cierto a medias: tenía que ser verdaderamente un subproducto útil de esa investigación, que tan solo cambiaría de lugar en el papel. De subproducto pasaría a ser el objetivo primario, así de simple. Mentalmente visualizaba uno a uno los equipos que sospechaba que iban a tomar parte en los experimentos, imaginando cualquier cosa absurda que esos equipos pudieran hacer. La idea salvadora le llegó al imaginar el derribo de un moderno caza de combate, el último en ser puesto en servicio en la Fuerza Aérea.

* * *

—Y esa grotesca sombra oscura pasó toda la noche sobre la peinadora de Sara, vigilándonos y pidiéndonos de cuando en cuando que comenzáramos con el espectáculo —concluyó Diego.

Armando Rivas, tesista de doctorado en Física y ayudante de Diego, no pudo mantener más la formal relación alumno-profesor y soltó una sonora carcajada, que acabó cuando le faltó por completo el aire. Tenía los ojos llorosos y, a pesar de ser moreno como Diego, tenía la cara roja y congestionada de tanto reír. Diego resopló, resignado. En un caso normal habría tomado represalias contra su alumno. Pero en esta ocasión era diferente. Tal vez, en una situación normal, Armando no se habría comportado así.

Armando ya reía menos y, después de inhalar un poco de aire, dijo:

—¡Le cortaron el orgasmo, jefe! —Y soltó otra carcajada.

Diego pensó que tal vez debería considerar como normal aquella situación y, como si fuese telépata, Armando cesó repentinamente de reír. Secándose las lágrimas se disculpó con Diego al tiempo que luchaba por ahogar el resto de la carcajada que aún agitaba sus pulmones.

—Y... ¿y no trató de registrar el fenómeno?

—No pude. Bueno, en realidad no me atreví —respondió Diego, seriamente—. Si los fenómenos pueden mover cosas, tal vez pudiesen hacer algo más. Y no me atreví a averiguarlo anoche. Lo que haremos hoy será diseñar un área de control en mi casa, para registrar lo que se pueda de los fenómenos.

—¿Lo que se pueda? —preguntó, perplejo, Armando.

—Primero: no he podido hallar ningún factor común que se pueda considerar como desencadenante de las apariciones; surgen cuando les da la gana. Segundo: no sé qué clase de magnitudes ni fenómenos son los que hay que medir, por lo que empezaremos por las magnitudes conocidas como temperatura, campos electromagnéticos y, por supuesto, la gravedad. El detector gravitatorio extrasensible fue el primero en detectar algo realmente.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Armando.

—Ya. Antes debemos escoger el primer grupo de equipos y diseñar el área principal de control en la sala de mi casa, puesto que allí los fenómenos ocurren con menos frecuencia e intensidad —dijo Diego, recordando el incidente en la oficina del decano—, y después colocaremos los

sensores en mi estudio, que es donde ocurren más. Tendremos que estar allí veinticuatro horas al día, por turnos, para registrar y analizar in situ lo que ocurra cuando ocurra.

Armando suspiró amargamente, en silencio. El rostro de su última conquista, una espectacular morena que lo había invitado esa noche a cenar a su casa —los padres de la señorita estaban fuera de la ciudad— se fue desvaneciendo con lentitud de su mente. Ni modo, había que trabajar.

Tras haberse despedido del somnoliento Armando, Diego se dirigía a través del solitario estacionamiento hacia el único automóvil en el sitio. Cavilaba sobre dos puntos importantes de la investigación, aún no resueltos. Uno era la manera de complementar la investigación antigravedad con la de lo paranormal, que estudiaba ahora; ya se le ocurriría cómo hacerlo. El segundo punto estaba realmente fuera de su alcance, pero tendría que informarse directamente con el decano: ¿de qué serviría todo el trabajo que estaba haciendo si no se encontraba financiamiento para llevar a cabo la investigación? Le preguntaría eso al decano a primera hora de la mañana.

* * *

—Está bien. Viéndolo así, cuente con ello.

El decano no podía dar crédito a las palabras de su interlocutor. Había tratado tan solo durante una hora y media de convencer al general Fonseca, de la Fuerza Aérea, de aportar fondos para la otra «prometedora» investigación del profesor Hernández y, contrariamente a lo que esperaba, tras toda una mañana bregando con la burocrática y administrativa desconfianza del general, apenas presentó los posibles alcances del proyecto el general cedió. El decano se sentía orgulloso de su repentino ataque de inspiración al ocurrírsele la idea de desarrollar el detector gravitatorio del profesor Hernández como complemento del radar esférico multimodo para fines militares. Un aparato así era realizable a más corto plazo que la investigación antigravedad y, por lo tanto, más atractivo económicamente. Además tendría la ventaja de que, al detectar vehículos por las deformaciones gravitatorias que provocan, no solo serían excelentes complementos del radar, sino que hasta podrían sustituirlo por completo: no habría aeronave capaz de ocultarse a tal detector. Toda una tentación para las Fuerzas Armadas, quienes también financiaban, aunque parcialmente, la investigación antigravedad. Y naturalmente el señor decano tendría su crédito en todo esto.

* * *

Tras haber pasado una intranquila noche (hasta Sara con su pesado sueño lo había notado), Diego se había levantado muy temprano y se había dirigido a la universidad. Luego de haber dejado a Armando con el pesado fardo de organizar el horario para que ambos pudieran trabajar en las dos investigaciones, se encaminó hacia el despacho del decano. Para su sorpresa ya estaba ocupado con una visita, a las ocho y cinco minutos de la mañana. Tras haber esperado algo así como hora y media, período en el cual la secretaria no dio señales de vida aunque estaba allí, Diego vio salir de la oficina del decano a un hombre corpulento, de unos sesenta años y vestido deportivamente —todo de marca—, quien le dirigió un breve saludo al salir de allí. Diego contestó automáticamente, preguntándose: «El general Fonseca, ¿aquí?».

Gladys, la atípica secretaria del decano, lo sacó de su ensimismamiento al avisarle de que podía entrar, cosa que hizo sin perder tiempo.

* * *

—¿Un QUÉ?!

—Un detector gravitatorio integrado en los sistemas de radar esféricos de largo alcance con fines militares —respondió serenamente el decano—, un artefacto de veras útil, si puede

detectar a gran distancia cambios en la gravedad producidos por la masa de los aviones. ¿Puede hacerse?

—Sí, sí se puede..., al menos en teoría. —Diego en realidad se sentía azorado.

—Explícate.

—Bueno, el detector debería de ser más grande, puesto que lo diseñé para la siguiente fase de la investigación antigraavedad, que consiste básicamente en tratar de atrapar los gravitones negativos: si existen, en forma natural, y si no, crearlos. Así que si existen gravitones negativos, sintéticos o no, deformarán el espacio o actuarán en sentido inverso, es decir, la gravedad repelerá.

—¿Y?

—En cierto sentido, la lectura que te mostré del detector fue producto de un error.

—¿Quieres decir que la lectura es falsa, que el aparato no sirve? —preguntó el decano, incorporándose a medias del sillón.

—¡No!, no es eso. Funciona, y la lectura es real.

—¿Entonces?

—La equivocación consiste en la programación. El aparato está diseñado para detectar repulsión gravitatoria y no gravedad normal. Tuve que reprogramarlo para detectar gravedad normal y así tener la referencia al programarlo inversamente. Y como es experimental, para usarlo en la otra investigación lo hice en extremo sensible. Había terminado de programarlo positivamente cuando hice una pausa antes de cargar el programa inverso y... Fue cuando sucedió el fenómeno que quedó registrado.

—Pero, ¿funciona o no? ¿Se puede hacer la versión militar o no? —El decano ya desesperaba con aquello.

—Concretamente sí. Pero habrá de seguir un proceso de desarrollo para investigar su alcance y su sensibilidad máximos.

—Perfecto, puedes irte ya a buscar tus fantasmas. Mantenme informado.

—Seguro. Me voy entonces —dijo Diego, levantándose.

—¡Un momento!

—¿Sí?

—¿Qué pasará con la investigación antigraavedad?

—Seguiré con ella, por supuesto.

—Con tal de que lo hagas, no me importa cómo. Buenos días —concluyó el decano, enterrándose en unos informes.

—Buenos días —se despidió Diego, y salió de la oficina.

* * *

Dos semanas después del incidente, Diego iba rumbo a su casa con la cabeza hecha un maelström. Pensar y trabajar en dos investigaciones simultáneamente era extenuante hasta el abuso, pero el profesor Hernández no se quejaba, para nada. Iba en un vehículo oficial de la universidad, uno de dos vehículos. En este iba, además de Diego, el personal que intervendría en la investigación, incluido Armando, quien iba revisando su agenda en la nube en el último asiento del vehículo y planeando con quién iría a celebrar cuando todo aquello acabase (si acababa bien). En el segundo y último vehículo, un camión de gran capacidad, iba todo el sofisticado equipo de medición y análisis que instalarían. Diego sostenía ante sí las especificaciones y los planos del área control del experimento, revisando todo una y otra vez, tratando de localizar algún error, falla o lo que fuese. Nada podía salir mal.

* * *

Sara permanecía sentada en la silla del ordenador del área de control con actitud neutra, observando el concienzudo ajeteo de los técnicos que terminaban de instalar los últimos equipos y sensores en su casa. Le resultaba curioso pensar cómo se había imaginado que el equipo sería más voluminoso y que habría más personal del que le había dicho Diego que realmente estaría allí. Aun cuando había bastantes instrumentos, no se veía nada abarrotado o amontonado. «Los prodigios de la ciencia», suspiraba cuando recordaba el temor de que serían tantas cosas que poco le faltaría para mudarse. Además, dos técnicos distintos cada ocho horas (a quienes enviarían la comida el personal de la Facultad, y se encargarían también de su transporte) no era lo que Sara conceptuaba como una intolerable invasión de extraños; no tendría que gritarle a Diego: «¡O ellos o yo!».

La instalación de los equipos no estuvo exenta de peculiaridades. Los técnicos, ayudados por la continua supervisión de Diego, trataban de mantener en lo posible la cordura y los nervios bajo control cuando, de tanto en tanto, aparecía la mota oscura de la noche anterior para observarlos. Incluso Armando había comentado al verla: «A cualquiera se le cortarían las ganas con eso».

Sara continuaba observando tranquilamente el quehacer de los técnicos y del personal de investigación; veía claramente la parte de trabajo que le correspondería en todo aquello. Al mirar el apagado ordenador a su lado pensaba en las horas que emplearía programándolo para coordinar y controlar los equipos detectores y los sensores que se pondrían en acción cuando ocurriera un fenómeno —como la figura que ahora vigilaba a un nervioso técnico que colocaba un terminal electrónico—, amén de analizar y registrar los datos que entraran. Diego pasaba por allí y la vio ensimismada mirando el ordenador. Le acarició el cabello y le preguntó:

—¿En qué piensas?

—En nada importante —susurró.

Diego se había tomado libre arbitrariamente lo que quedaba de la tarde. «Jefe es jefe», recordaba. Los técnicos se habían marchado ya, y los investigadores de guardia —un científico de planta de la facultad y un estudiante del último semestre— comenzarían su guardia temprano al día siguiente, así que tendría tranquilidad esa tarde. Ya salía del baño, con un pantalón corto y una camiseta, secándose enérgicamente el cabello con una toalla grande.

—Mejor en la lavadora —le dijo Sara cuando lo vio hacer el gesto de lanzarla al cesto de la ropa sucia.

—Como vos digáis.

Sara revisaba las hojas de programación, y a cada hoja que volteaba, su entrecejo se unía más y más, amenazando con volverse una sola ceja.

—¡Diego!

—¡Sara!

—Vamos, no bromees.

—Bueno, dime.

Por toda respuesta, Sara elevó el puñado de hojas hacia él.

—¡Ah, sí!, se me olvidó decírtelo: cambié el programa en algunos puntos. No atraparemos nada, por lo menos de buenas a primeras. Primero analizaremos los fenómenos y trataremos de descifrar su composición. Luego, cuando sepamos qué son, los atraparemos.

—Mmmm, está bien. Ahora sí está claro —respondió Sara, con un encogimiento de hombros.

La sala de la casa de Diego estaba desquiciada espaciotemporalmente. La luz se veía distorsionada de maneras alucinantes. El sonido parecía cualquier cosa menos sonido. El viento aullaba salvajemente, formando remolinos. Gritos, figuras fuera de toda proporción y sombras danzaban frenéticas frente a los investigadores, que se encontraban aferrados a sus instrumentos de medición. Al contrario de lo que usualmente ocurría en el siglo XX, los instrumentos no eran interferidos por los fenómenos y los investigadores se comunicaban entre sí a través de micrófonos especiales. Nadie dejaba su puesto. Diego tecleaba furiosamente en el ordenador.

De pronto, Diego abandonó la consola al ver que el pesado terminal de uno de los detectores estaba a punto de caer encima de un investigador. Gritando, y aun así apenas escuchado, Diego le indicó a Sara que ocupara su lugar frente a la consola. A duras penas, y con un salvaje y cambiante viento en contra, Diego improvisaba la manera de sujetar el terminal. Al mismo tiempo pensaba regocijado en lo bien que iba la investigación. Se diría que los fantasmas se mostraban complacidos en ayudarlos, apareciendo el tiempo suficiente para efectuar mediciones, aun cuando eran frecuentes los destrozos.

Un ahogado grito de Sara lo sacó de sus pensamientos. Apresuradamente volvió a su lado y miró la pantalla del monitor, que era lo que le mostraba desesperadamente. En la pantalla las mediciones estaban completas; una orden titilaba, urgiendo al usuario para darle ejecución. A través de la alucinante atmósfera, Diego pulsó una tecla. La pantalla mostró: «PROGRAMA COMPLETO». Toda la grotesca y danzante habitación, súbitamente, quedó en calma. Su aspecto era como si nunca hubiese pasado nada.

* * *

El decano se levantó sobresaltado. Aún era de noche. Su nueva amiguita —una estudiante de posgrado de Física, nada menos— dormía plácidamente a su lado. Oteó el ambiente tranquilo de la habitación, buscando algo anormal, pero no lo encontró. Ni siquiera supo el motivo de su brusco despertar, pues no había sido una pesadilla. Sin embargo notaba, justo más allá sus sentidos, que algo no iba bien, que había algo que no encajaba. Alicia —la amiguita— se revolvió suavemente entre las sábanas. Miró con ojos muy abiertos la habitación y luego dirigió la mirada a su amante.

—¿Tú también lo notas?— le preguntó quedamente.

* * *

Para lo que traía en la mano, Diego se mostraba muy tranquilo. Gladys, la robótica secretaria del decano, lo hizo pasar de inmediato.

—Y bien, ¿qué traes?

—Todo —respondió Diego, tendiéndole una unidad de memoria portátil.

—¿Todo?

—Todo. Qué son, cómo se producen, el porqué de sus características. Y lo más importante: cómo reproducirlos.

De la Higuera no atinaba a reaccionar.

—Solo por estar seguro, ¿podrías ser más explícito?

—Ya sabemos qué son los fantasmas, cómo se originan, cómo están compuestos, cómo y por qué aparecen y desaparecen. Y además podemos... o podremos crearlos y recrearlos a nuestro antojo.

El decano seguía con problemas para reaccionar.

—Aquí está toda la información. —Diego le entregó la pequeña unidad.

El decano tomó el objeto como si aún no creyera nada.

—Ahora me voy a casa. Vendré mañana temprano —se despidió Diego.

—¡Eh, un momento! ¿Qué pasó con el detector militar de anomalías gravitatorias? —le detuvo el decano.

—Necesita más desarrollo. Pero está en buen camino. La versión experimental ya está lista para continuar con la investigación antigraavedad; la militar vendrá después.

Tras lo cual Diego se retiró.

* * *

Diego y Sara estaban acostados ya, tras una ligera y callada cena. Ambos continuaban en silencio, mirando el techo. La quietud llenaba la casa hasta escurrirse por las ventanas. Nada se escuchaba allí, salvo la pausada respiración de la pareja. La luz de la luna parecía haberse quedado irremisiblemente cristalizada en el ambiente. No se habían vuelto a repetir ni uno solo de los fenómenos paranormales que con frecuencia azotaban esa casa, y desde ese entonces todo parecía ser sutilmente distinto. Tan sutil era la diferencia que no era posible explicarla en palabras, pero se sentía.

Diego suspiró ruidosamente y se puso una mano tras la nuca.

—Hace tan solo cinco días que le entregué la información a Ernesto y ya hoy me enteré subrepticamente de algo importante: ya están cerca de reproducir los fenómenos paranormales.

—¿Quiénes? —preguntó Sara, sin desviar la vista del techo.

—Los militares. No solo tienen los resultados del detector de gravedad sino también los de los fantasmas. Y parece que van a usarlos en la guerra psicológica.

—Sabía que sí le iban encontrar utilidad a esa investigación —repuso amargamente Sara.

—El memorándum que recibí esta mañana me lo confirma: guardar silencio absoluto sobre mis trabajos. Secreto militar.

Sara no respondió.

—Y eso no es todo. Sé que aún no pueden reproducir ningún fenómeno. Necesitan un muy sofisticado y complejo equipo para hacer tal cosa, y además necesitan algo clave...

—¿Y qué es?

—Un médium.

—¿Un qué? —preguntó divertida Sara.

—No te rías, es en serio. Los fenómenos paranormales son originarios de eso que usualmente llamamos «el otro mundo». Es algo parecido a los «mundos paralelos» matemáticos, pero con leves diferencias. Para manifestarse aquí deben, en cierta manera, materializarse, pues no tienen existencia real en este mundo, así como nosotros no tenemos existencia real en el de ellos. Para hacerlo, necesitaban de un medio que existiese en su mundo y en este de manera simultánea: la energía psíquica.

—¿No se supone que todos los humanos tenemos eso?

—Sí, pero solo los médiums crean un campo mental tan fuerte que existe simultáneamente allá y aquí. Y por ahí entran. ¡Ah! Y felicitaciones. Si no es por estos experimentos nunca nos hubiésemos enterado de que realmente eres médium.

—Gracias —respondió Sara, sin dar muestras de halago.

—Por otra parte, los militares necesitan de los médiums porque son los únicos con la habilidad de enfocar y ubicar a voluntad los campos psíquicos.

—Es decir, que ya casi pueden hacer esas cosas —murmuró Sara con voz baja y ronca.

—Más o menos. Aún necesitan algunos años para reproducir los fenómenos. Deben poner a punto los equipos y encontrar médiums auténticos que se presten a eso.

Sara permaneció en silencio.

—Aunque esto no se sepa en mucho tiempo, creo que este mundo ha dejado de ser mágico y misterioso —decía Diego, con una nota de tristeza en su voz—. Cuando accioné la ejecución de la orden en el ordenador la última noche de los fenómenos, aniquilé, sin saberlo, el otro mundo. Por completo. Ya no existe el otro mundo. Realmente, este mundo ha perdido su magia.

Sara seguía en silencio.

—¡CASI la ha perdido! —Retumbó en la habitación una voz gutural que parecía salir del espejo de la peinadora de Sara—. Solo sobreviví yo. Todo se ha acabado. Aniquilaste todo un mundo con el golpe de un dedo. Y esto no se va a quedar así.

Diego se agitó al ver una figura oscura salir del espejo de la peinadora de Sara. Parecía un corpulento hombre de unos dos metros de estatura.

Diego se incorporó tan velozmente como el pánico que lo había invadido cuando vio al ente. Tomó el brazo de Sara para sacarla de allí, al ver que la figura se acercaba por momentos a la cama. Se volteó a verla en el acto, al notarlo helado. Miró el rostro de su esposa y lo encontró desenchajado, apergaminado y con los ojos desorbitados. Trataba en vano de pedirle auxilio a Diego en un intento por mover sus labios resecos. El ente la había usado para entrar en el cuarto y parecía querer acabar con ella. El vientre de Sara se había hinchado grotescamente. Diego vio la muerte llegar a los apagados ojos de su esposa. Desesperado, encaró la ominosa figura, ya al pie de la cama.

—¿Y sabes, científico, por dónde comenzaré?



El canto del alcaudón

La balada del nunca amado

Oscuro - Parte 12

Por: Julio Cevalco





Estaba sentada en la cama de su habitación, cabizbaja, con la mirada al suelo y los cabellos largos sobre la cara. Había fregado el piso de la sala del duunviro, limpiado el polvo de la escribanía, de la biblioteca y de los estantes, sacudido los libros y pasado un trapo sobre la mesa del comedor. Había fregado las ollas, las palanganas, las marmitas y las charolas de hojalata, pulido las cucharas y los cuchillos, y por poco se corta. Después de su primera semana trabajando para el Lord Carnero, Ofelia Caracortada se sentía exhausta. «Por lo menos no me ha tomado como su puta, o por lo menos todavía no se atreve a pedírmelo».

Había tenido suerte. En ocasiones la ayudaba la niña de cabellos negros, una muchachita que conoció en la cabaña de la bruja. La noche en que viajó escoltada por Càlev el Tripas a recoger su medicina, ambas se conocieron. Ofelia recibió el cuarto pomo con sustancia de *rubicannia*, una raíz lechosa que aliviaba la tos, pero seguía escupiendo flema negra, la cual ya empezaba a apestar a vinagre y a estómago.

—Tienes que tomar tu medicina. Tienes que curarte —le dijo la muchachita.

Tenía la mano en el muslo y parecía jugar con su herida. Abela Barkàrineyc se levantó los vendajes y presionó la costra. Una sustancia negra con olor a tierra y a carne muerta se derramó en la cama de Ofelia.

—Se ve mal —le dijo la bastarda.

—Si no extraigo la sustancia, me duele. La otra noche me mordió un perro en el campo. Los campesinos lo cazaron y lo mataron a hachazos. Luego dijeron que tenía rabia, pero no fui la única a la que mordió. —La bestia había mordido a otras niñas, y la bruja Mèrrin Merkàhrek, la de los cabellos de arbusto, no había podido curarlas. Se lo dijo la muchacha.

«Tampoco me ha podido curar la tos». Ofelia tosió. «Cada noche que pasa me encuentro peor y a veces no me alcanzan fuerzas para trabajar en la cocina».

Después de todo, parecía que Mèrrin no era una buena curandera.

—Estaba pensando que tal vez me traten los curanderos del santuario —añadió Abela tras desgarrar su costra con las uñas. El líquido terroso fluyó, mientras sus muslos desprendían un olor a pasto.

Ofelia frunció el ceño al tiempo que Abela arqueó las cejas.

—La raza primigenia —le dijo, y la bastarda guardó silencio—. ¿No han oído de ellos del otro lado del río? Dicen que pueblan el no-mundo desde antes que nosotros. Dicen que hasta ahora caminan por él, pero no siempre se muestran.

Ofelia asintió.

Durante el tiempo que había pasado en occidente había escuchado de dicha raza, sobre todo a los soldados cuando jugaban a las tablas en la cocina del castillo. Juraban en nombre de los antiguos, llamándolos efebos o *genius locci*, pero en la lengua primigenia tenían otro nombre. La bastarda, si bien nunca había visto a uno, sabía que sus ojos eran extraños, coloridos, casi como piedras preciosas o pétalos florales. Ofelia también tenía ojos raros, pero eran horrendos y de color cetrino.

—Cuando el efebo venga —le dijo Abela—, cuando vea tu malestar y empiece a curarte, entonces dile que vaya a por mí. No vayas a olvidarte. —La muchachita le sonrió. Tenía la tez demacrada como una mujer enferma y, por momentos, le recordaba a la pastora muerta.

«No te encariñes mucho con ella», pensó Ofelia observándole los vendajes manchados con la sustancia terrosa. «Eso no es rabia y, para mayor escarnio, se ve terrible. Quizás el perro padecía otro mal».

Volvió a mirarla. Tenía la sonrisa impostada y, de pronto, pensó que la muchacha iba a morir.

«Pon los pies sobre la tierra, Abela. No va a venir ningún efebo. A ellos no les importa nuestra raza». Pero permaneció callada. Romper sus ilusiones le parecía mera crueldad.

—Claro que sí. Cuando venga le hablaré de ti. Entonces irá a tu cabaña y te pondrás como nueva.

—Te lo agradezco —se despidió la cría poco antes de marcharse. Le mostró los dientes, y, cojeando, abrió la puerta y se retiró—. La próxima semana nos veremos.

Pasó una semana y la muchacha no apareció. Pasaron más días y ni la bruja Mèrrin oyó de ella. A Abela Barkàrineyc se la había tragado la tierra. «Si no anda enferma, a lo mejor ya ha muerto».

Esa noche Ofelia limpió la casa del Carnero sin su ayuda: fregó el suelo, bruñó la cubertería, vació el orinal de su señor... Pero más tarde, tras sacudir el polvo de las estanterías, se le presentó la criada de las escamas. Lilien le dijo que tenía visita.

—Ve a tu alcoba —le ordenó—, y espérala.

La bastarda obedeció. Cuando llegó a su aposento dejó la puerta abierta, se sentó sobre la cama y aguardó con la mirada perdida.

«¿Quién podrá ser? Ni Mèrrin ni el Carnero. A lo mejor, Godètt». Pero luego recordó que no hablaba con la peletera desde su estancia en la cabaña. Sin darse cuenta, palpó las sábanas y sus dedos tropezaron con un cuerpo largo, cortante y liso. Era su cuchillo. «No seas capulla. En el peor de los casos, si se quiere pasar de listo, usa tus dientes. Muérdele, pero no olvides pegar unos gritos. Eso siempre funciona».

Sin embargo, cuando el visitante llegó, la cara-cortada supo que no gritaría, así que solo permaneció inmóvil sobre la cama, observándolo: un efebo alto y erguido, como una flor solitaria, se inclinó para pasar bajo el marco de la puerta. Cubría su cabeza con una capucha y vestía una anguarina blanca bajo un manto que le envolvía los hombros. Sus cabellos rubios, casi dorados, eran largos. El flequillo que bailaba sobre su frente silbaba, mientras que de sus ropas se desprendía un perfume a madera, mirra e incienso. La bastarda se embebió de su aroma y quedó hipnotizada al ver un rostro femenino. Pero luego bajó la vista. ¿Femenino o masculino? No estaba segura. «Tiene ojos atigrados y parece que me desprecian».

—He recibido el mensaje de tu tutor —le dijo el efebo al dejar su canasta sobre la repisa.

—No es mi tutor, solo limpio su casa. —La bastarda tamborileó con los dedos en la cama. Tragó saliva y le supo amarga. «Tienes un cuchillo, mas no lo usarás. Porque esa criatura no te hará nada».

Pero el efebo, casi con un soplido, se volvió a la muchacha. La miró y le tocó las manos. Su piel era áspera y fría.

—Tus ojos son más que hermosos —le dijo al olisquear su entorno—. Aunque hueles a acero, odio y aspereza. O tal vez sea tu arma.

Sin que la bastarda se diera cuenta, sostenía la hoja con la otra mano. Nunca lo vio venir. Pero las sábanas habían danzado. La criatura dio un giro de muñeca y clavó el acero en la pared. Luego se encorvó como un tallo y palpó el mentón de la muchacha.

—Quiero que confíes en mí. Estoy aquí para curarte. Olvídate de la bruja y de sus preparados, pues esa flema no te la van a quitar. Además Mèrrin debe ocuparse de otras.

La bastarda no respondió. Se la tragó el silencio. Observó al efebo triturar unas hierbas de color negro con su mortero y mezclarlas con semillas lilas, rojas y aguamarina que desprendían un aroma seco y rancio. Su habitación, despacio, se sumergió en un bálsamo hipnótico con una mezcla de olores salvajes: menta y gardenia, lirio, cola de fénix, amarilis y belleza negra, cuerno de diablo y hortensia, palomuerto y agrimonia, clemátide, flor de loto, sanguinaria, veràtrum. Cuando terminó de preparar el filtro lo dejó en una cajita de madera.

—Se necesitan flores frescas —le explicó el efebo a la bastarda—, así que vendré a diario. Siempre a esta hora, poco antes de que el sol se ponga.

—Haz como te parezca.

Cuando se fue, la bastarda vertió agua caliente de la cocina en una de las jofainas, tomó el filtro con la mezcla de hierba y la dejó caer al interior. El material era suave como la seda y por un instante le pareció un tejido de pelos, mas no sabía de qué estaba hecho. «Probablemente

es piel de enredadera o papel de arroz», pensó mientras daba los primeros sorbos, y aunque el sabor era amargo, el olor a frutas y a flores silvestres no solo le relajó los músculos, sino que también le alivió el corazón. Poco a poco la amargura que le raspaba empezaba a disolverse.

«¿Quién eres?», se preguntó. «Ojalá me hubiese topado con otros como tú durante mi tiempo en el castillo».

Esa tarde la cara-cortada no tuvo sueños. Durmió como una pluma sobre el camastro, cómoda, distendida, lo opuesto a como había dormido en los últimos meses. Pese a que la paja se salía de entre las sábanas y se le metía bajo el camisón, la muchacha no despertó hasta que cantó el gallo. Durante la tarde siguiente, cuando la visitó el efebo con su canasta de hierbas, se percató de que también traía un macuto colgado en la espalda. Luego de vaciarlo sobre la repisa le señaló las ropas perfumadas con clavo, coco y mejorana que le había traído. Pantalones, calcetines, blusas y capas, escaupines y capucha. También cinturones, casaquillas, un par de botas trenzadas con caña, mitones y una vaina para su cuchillo.

—Quítate la ropa y deshazte de ella —le ordenó sin mirarla. La muchacha se olisqueó y recordó que, cuando erró por los Campos Pelosos, la capa y la capucha se las había robado a unos cadáveres—. Si vistes ropa de muerto, la muerte te seguirá. Vamos, date prisa, cría. Y ve a darte una ducha antes de cambiarte. Cuando regreses ya me habré ido.

La semana siguiente siguió visitándola. La flema, de a poco, cambiaba de negra a gris, pero no parecía disolverse en absoluto. Por el décimo día ambos abrían las ventanas de la alcoba. Los rayos del sol penetraban como espadas y la bastarda oía el aleteo de los gorriones en lugar del de los cuervos. La cantata del petirrojo eclipsaba los graznidos de la urraca, y el canto del ruiseñor, los del chotacabras. El efebo, además, le dijo que se llamaba Calèndul, que conocía los nombres de cada flor, árbol, arbusto y planta que poblaba el no-mundo, y que durante algún tiempo fue un caballero juramentado del Árbol de Hierro. Sin embargo, sus espadas no se manchaban desde que cruzó el mar y fondeó en las Tierras de la Guadaña.

—Nunca oí hablar de continentes tan lejanos —respondía la bastarda al beber el té—, ni mucho menos de la orden del árbol del que hablas.

Solo conocía las espadas del ejército imperial —Los Peces Sangrientos— y de los paladines que derramaban sangre en nombre de la bandera de la Escórpora.

«Los aborrezco», se recordó los días siguientes antes de pegar la cabeza en la almohada, pero luego esbozaba una media sonrisa al pensar que la cofradía del efebo se encontraba en algún rincón del no-mundo, protegiendo al débil de monstruos como los soldados que apostaban en la cocina del castillo, o de los asesinos que intentaron violarla. Le habían dejado un recuerdo en el rostro y tenía que acostumbrarse a él. La bastarda se sentía adormecida. «O tal vez es de los últimos efebos, o no todos los de su raza son como él. Dicen que forman parte de la especie primigenia, que por sus venas corre la sangre de la naturaleza, sangre de hierba, y quizás somos nosotros, los no-longevos, los que no deberíamos vivir. Somos los errores del no-mundo y los efebos están aquí para subsanar su error».

Demasiadas preguntas. Demasiadas respuestas. Tal vez Calèndul se había apartado de una guerra a la que odiaba, una carnicería a la que no deseaba pertenecer. «Mis espadas no han vuelto a mancharse desde que mi navío fondeó en Puertoblanco», le había dicho una vez en su alcoba, y cada noche que pensaba en él la bastarda se preguntaba por qué siempre andaba cubierto; de hecho, jamás le había visto el cuello. Nada más el rostro y los dedos, y siempre usaba mitones y nunca se quitaba la túnica con la que cubría su cuerpo. Era como los paladines del castillo, solo que jamás se había burlado de sus ojos amarillentos.

«Los bastardos tienen los ojos del color de la orina, como la pus, como los enfermos», recordaba que a veces le decían con una voz pastosa en la oscuridad, «son los hijos bastardos del no-mundo. Los nunca reconocidos. Los no amados, muchacha. Deberías ahorcarte. Te aseguro que nadie te extrañará. A los que son como tú todos los repudian». Y ella cuando era más pequeña caminaba por las mazmorras con unas tijeras, gimoteando.

—Hoy luces más triste que de costumbre —observó una tarde Calèndul al separar semillas de unos cofres pequeños.

La cara-cortada se había recogido el cabello en una trenza de caballo y vestía sus ropajes perfumados, aunque entonces los perfumes casi habían muerto y prevalecía el olor a cuero. La casaquilla, la blusa, los pantalones, la capa parda y las botas con cuerdas, aunque algo gastadas, eran más cómodos que su ropa antigua.

Calèndul la miraba a los ojos mientras machacaba las semillas con su mortero. —Estás muy pálida. Espero que estés comiendo. Las medicinas no te aliviarán si tu cuerpo no funciona bien. No me gustaría haber cortado estas flores en vano.

—Me alimento como puedo.

—Hablaré con tu tutor. Debes comer mejor. Mañana regresaré y daremos un paseo antes de que se ponga el sol. Espérame temprano.

Siempre decía lo mismo. El efebo no la visitaba durante la noche, solo por la tarde o cuando el sol despuntaba en el horizonte, entonces aparecía antes del meridiano. Pero a la bastarda no le importaba. Sus ojos de tigre le transmitían serenidad, lo cual era suficiente.

«¿Qué clase de paseo daremos? ¿Y a dónde me llevará?». No parecía interesarse mucho. «La hierba del campo es gris, y bajo la alborada su color no cambia. Estos campos son campos oscuros, y Lilièt Cànnen es distinto a los pueblos del oeste».

Era un poblado sombrío, con labriegos violentos y de semblante áspero; la mayoría despedía un olor a granos, a tierra y a pasto. A veces, cuando la muchacha miraba las campiñas, las lomas y los apriscos por la ventana, aspiraba el olor y dudaba si era peor el hedor de los campesinos o de sus parientes en la lejana Càdeburg.

«Cuando paseábamos por el campo mis primos cazaban con sus perros y en compañía de sus escudos juramentados. Marchaban a caballo con lanza en ristre y durante el banquete devoraban la carne con las manos. Los soldados decían que a los Riese les gustaba matar». Los cuatro detestaban la carne cocida, y, en cambio, preferían comerla casi cruda, condimentada y con manchas de sangre. Decían que así la caza sabía mejor. Hacía semanas que la bastarda no pensaba en los príncipes, y menos aún en la emperatriz o en el terrible emperador, pero esa tarde, mientras caminaba junto a Calèndul no pudo evitar recordarlos. «Guilèt, Gàude, Vivien y también Valèrian, el Príncipe de la Guadaña».

¿Cuándo la dejarían en paz sus recuerdos y cuándo sería una muchacha feliz, tal y como siempre había deseado? Nunca. Nunca. Nunca. A veces cuando andaba encerrada en su alcoba pensaba que el té le ablandaba el temple que los últimos inviernos la obligaron a forjar.

—Respira el aire. Siéntete libre. Siente el susurro del campo —le susurró Calèndul, quien era una sombra alta a su costado.

El caballero juramentado caminaba envuelto en su anguarina como de costumbre, pero la capucha no cubría sus cabellos rubicundos. Ofelia, con las manos en los bolsillos, casi le llegaba al hombro. No era una muchacha baja como la mayor parte de campesinas, aunque parecía una rama frágil, casi marchita debido a su delgadez.

—El Lord Carnero tiene planes para ti —prosiguió él—. Si no le sirves, te echará. Sé inteligente y sácale el jugo a lo que tienes. Exprime la fruta y deshazte del hueso cuando nada quede. Es el único modo. Los ojos son la ventana del alma. Si los otros te ven débil, abusarán.

—No soy débil. Nunca lo he sido. El bosque era un infierno, más terrible que el castillo. —La cara-cortada se colocó la capucha, guardándose de los sables dorados que eran los rayos del sol. El brío le molestaba pese a que el cielo era claro y las nubes blancas abrazaban las lomas. «Para él es fácil decirlo. Un emisario de la antigua raza, curandero, herborista, caballero de la orden de ese supuesto árbol. ¿Pero tú que eres, Caracortada? Una simple bastarda del no-mundo, una pobre diabla y error de la creación. Odias, y para él nada es demasiado difícil». Frunció el ceño—. Los que son como tú, Calèndul, no tienen idea de lo que pasamos los de mi sangre. Cuando la vida te escupe a diario solo tienes ganas de escapar, dejar todo y marchar al otro lado,

o simplemente de cavar un hoyo en la tierra y enterrar el pasado que te ata. Pero el pasado es como una sombra que no se puede enterrar, porque hagas lo que hagas siempre te persigue.

El efebo no respondió, y Ofelia pensó que de las sombras nadie podía escaparse. La caracortada alzó el rostro y divisó unas lomas solitarias hacia el oeste, pero al mirar con precisión se topó con la cabaña de la bruja de barro. Se preguntó si en los campos moraban otras brujas y si todas tenían una cabaña de palomuerto con cortinas de tripa, jergones y pócimas, y, si la tenían, si serían igual o más pequeñas que la de Mèrrin Merkàhrek.

Al girar la cabeza divisó los establos, unas construcciones semiderruidas cercanas a los apriscos, a los corrales y a las granjas de peletería. A lo largo de las campiñas despuntaban los espantajos, mientras que los cuervos volaban formando círculos bajo el cielo coronado. Los molinos de viento, distantes a los de agua, giraban sus aspas junto a las tierras de cultivo. Los maizales se agitaban. Las plantaciones de arroz, caña de azúcar, algodón y cacao. Los riachuelos que dividían los labrantíos cruzaban los prados al pie de la ciudad en ruinas y los jardines que ocultaban el santuario. Ofelia observó las cabañas, casuchas, alquerías y cortijadas en medio del raso, las villorías abandonadas y reducidas a escombros, antiguos barbechos, sementeras, secanos, semilleros, plantíos. Liliètt Cannøn era un pueblo que, pese a la época tan nefasta que el hombre vivía, todavía se mantenía en pie, pero aun así las labriegas decían que el campo estaba plagado de rencor y que era frío y que el rencor se siembra.

«Hace poco vi a unas pastoras hacer justicia con sus propias manos. Tenían el rostro tapado. Tal vez tenían miedo y no querían que les vieran los ojos. Quizá no estaba bien lo que hacían», pensó la bastarda al sentir que el viento zarandeaba su capucha. La muchacha clavó la mirada en los lejanos jardines que se extendían interminables hacia una ciudadela con pilastras derruidas. Inhaló un olor a acero que no sabía de dónde venía.

—No eres la única que odia —le dijo Calèndul mientras se le acercaba. Ella sintió que su sombra era helada como la brisa que le soplabá al oído—. Ni el odio ni el miedo son demonios únicos de tu raza, cría. Si no fuera por el odio nunca se hubiese sembrado aquel jardín.

—Tonterías. El odio no puede sembrar un jardín tan hermoso. —Desde las lomas casi podía verlo. No distinguía las flores, pero sí los colores pasteles y tornasolados de sus pétalos.

—El odio lo sembró. Con el odio —dijo el efebo— se han compuesto melodías y sinietras cantatas. El odio ha esculpido bronce y pintado lienzos. El odio es una musa oscura que poco a poco te carcome el corazón, pero que cuando se doma crea más maravillas que no crearía ni el más retorcido de los amores. El odio destruye, pero no mata, mientras que muchos a lo largo de la historia han dado su vida por amor y, al final, nunca consiguieron nada.

Luego le dijo que aquellas palabras se las había dicho otro efebo, y que habían quedado grabadas en su alma y hasta en las plantas del profundo jardín.

—Las higueras todavía susurran su nombre. Le decían el «Brujo de la Hojarasca». Pero ahora se hace llamar de otra manera. —Ofelia Caracortada nunca había oído hablar de él. Solo conocía a una bruja, y estaba hecha de barro, pero a ninguna compuesta de plantas secas ni de ramas muertas—. El brujo fue engañado por una mujer como tú, una que nunca lo amó. Pero pasados los años, cuando creyó que sus heridas estaban curadas, sembró aquel jardín para su segunda esposa. Algunos dicen que fue el amor. Pero el amor en muchas ocasiones solo es odio transmutado.

Después, con un susurro, le dijo que se trataba de una criatura de la raza antigua, una como él, y que si el brujo no hubiese odiado tanto a su primera cónyuge, jamás habría sembrado esos vergeles para la segunda. La bastarda escuchaba cada palabra embriagándose del aroma a madera, incienso y mirra que se liberaba de las ropas de Calèndul. «A veces me da miedo. Pero de alguna manera ese aroma me adormece». A veces se preguntaba cómo se sentiría en ese jardín y si las labriegas tenían prohibido acercarse. «Si el brujo aún pernocta tras los matorrales, seguro anda atormentado por las espinas». Ella odiaba, y sabía que nada bueno podía nacer de su corazón, mucho menos unas florestas tan hermosas.

El sol en lontananza parecía ponerse. Una fuerte corriente de aire echó atrás la capucha de la bastarda y la muchacha se volvió al efebo, quien se encontraba como ensimismado en sus recuerdos. Los ojos atigrados de Calèndul proyectaban una sombra de melancolía.

—El brujo todavía se encuentra allí —susurró Ofelia. «O quizás eres tú el brujo y me cuentas tu historia». Eso era algo que nunca sabría, porque los efecos también sabían mentir—. ¿Qué ocurrió con él? ¿Y qué ocurrió con su segunda esposa?

Calèndul caminó sobre las lomas sin mirar a la muchacha. Todavía se encontraba como perdido en una nebulosa de eternas memorias.

—La esposa se fue y él todavía la busca. La historia aún no ha terminado de escribirse. ¿Quién sabe si algún día la encontrará? Las higueras me dicen que, cuando su amor muera, seguro también morirá su jardín. —Pero pese a sus palabras la bastarda sentía que a Calèndul lo envolvía una brisa tranquila, y que la sombra que se ceñía sobre los campos empezaba a disiparse.

«La está enterrando. Es como si de verdad se deshiciera de ella».

El sol que se escondía pareció detenerse por una fracción de segundo, y el resplandor de sus rayos obligó a la muchacha a bajar la vista.

—No debes dejar que el odio te someta —le dijo Calèndul, los cabellos rubios estirados por el viento. La brisa comenzó a convertirse en corriente mientras que el aleteo de las aves rivalizaba con el viento: un fantasma que gemía como zaherido por una balada—. La vida es lo que queremos que sea. No todos son tan fuertes para vivir en las tinieblas. Si tú lo intentas, lo lamentarás.

Ofelia abrió los ojos como platos, desconcertada. Los pájaros cantores aleteaban bajo el cielo, que era una bóveda gris y con tonos de luz dorada. Las alondras planeaban junto a gorriónes, canarios, zorzales y sacristanes. Los petirrojos trinaban. Los pechiazules. Los piquituertos. Un alcaudón de pecho pardo se posó en el hombro de Calèndul mientras que un anillo de golondrinas, vizcacheras, picofinos, mirlos y reyezuelos, currucas, silvias, jilgueros, cardenales, lavanderas blancas entre otras avecillas cantoras se arremolinaban planeando, aleteando, entonando cantatas, deslizándose bajo poniente en una orgía de plumas y trinos.

Calèndul iid d' Tar Gèbranth extendió el brazo para que el alcaudón, con estoicismo, caminara hasta sus dedos. Y, cuando el pajarito casi llegaba, como empujado por un soplido dio un salto hacia el hombro de la bastarda. Luego entonó una cantata dulce en su oído que se elevó como una ofrenda hasta mezclarse con las demás voces.

«Fue una tarde extraña y fría», recordó la muchacha esa misma noche cuando se encontraba en su alcoba cubierta por las frazadas. Ofelia había bebido su té y acababa de soplar la última vela. La oscuridad reinaba en su sitio de sombras otra vez. «Una tarde fría pese a los rayos del sol y al trino de las avecillas».

Recordó que el ocaso se detuvo y, por un instante, pensó que solo el efebo, los pájaros y ella se encontraban en el campo.

—Nos miraban las nubes, el cielo, los rayos del sol —le susurró a su almohada. «No era natural. Parecía una invocación, un reto o una ofrenda».

La bastarda tembló. Cerró los ojos. Nunca iba a saberlo. Y soñó.

—No lo comprenderás nunca —escuchaba decir a las sombras reunidas. Pero no en su habitación, sino al rededor de una mesa oblonga. Comían pájaros crudos, les arrancaban las cabezas de una mordida y escupían plumas. Luego se embriagaban de sangre mientras chocaban las copas. Y bebían, y eructaban, y comían antes de esbozar sonrisas melladas, manchadas de rojo. Desde la servidumbre compuesta por coperas tuertas y con joroba hasta los soldados y la emperatriz y, sobre todo, sus cuatro terribles vástagos. Los príncipes de las escamas se volvieron a la cara-cortada para ofrecerle comida: un alcaudón con la cabeza quebrada.

—Cómelo. Perdió la vida por no detenerse —le dijo el más pequeño y el único que era un muchacho gordo. Pero los que se sentaban a su lado, los dos príncipes apuestos, se inclinaron sobre la mesa eclipsándolo con sus coronas de escamas. El primero era el aprendiz de lancero,

un muchacho de mirada fría y punzante; el segundo tenía los ojos de fuego, los cabellos negros como ala de cuervo y una mujer sin rostro le guardaba la espalda.

—Es un banquete plagado de sombras. Míralos. Peces que se ahogan en un estanque. Escamas secas. Un pez que cambió sus colores pero ha vuelto vestido de negro saluda a su pueblo desde la torre del homenaje. —El lancero bebió un sorbo de vino y palideció, como si olfateara su final. El príncipe de los ojos de fuego se rascó la barbilla, observando a la bastarda.

—No le hagas caso. Está borracho —le dijo—. Ni siquiera puede beber. La sangre es un combustible que enciende pasiones, sobre todo la suya.

»Los hombres. Las bestias. El bosque. —Una sonrisa—. La sangre, querida prima, al final, llama. Desangrar a alguien también es una pasión. Verlo morir, desesperarse, sobre todo cuando es inocente no tiene precio.

La bastarda lo escuchó, pero sus ojos se desviaron al último de los príncipes: aquel con el rostro deformado de nacimiento.

—Bienvenida a casa —le dijo desde las sombras, antes de extenderle la mano. Fue entonces cuando la muchacha despertó.

Ofelia sintió que el corazón le latía acelerado mientras que su frente se encontraba empapada. Se pasó la manga del camisón sobre el rostro para cercarse.

«¿Qué ha sido esto? ¿Acaso una premonición? ¿O un sueño común y corriente? No... el castillo no. Yo no quiero volver. Càdeburg es un nido de monstruos». Príncipes y consortes que les sacaban la cabeza a los pajaritos.

La bastarda observó tras la malla de alambre que protegía las ventanas. La luna herrumbrosa se alzaba en el cielo umbrío y sempiterno, donde el viento agonizaba. Unas horas antes cuando se había congelado el sol, ella había paseado por el campo acompañada del efebo Calèndul.

—Lo que él dijo no es verdad —susurró, recordando los rostros de sus primos. El gordo, el lancero, el de ojos de fuego y el monstruo. «La vida no es lo que queremos, sino lo que el no-mundo nos impone. A mi me impusieron una familia que odio y, cuando escapé, el destino me trajo a un pueblo donde no soy bienvenida»—. Los odio. Los odio a todos.

Sus pensamientos se convirtieron en palabras.

—Odio al emperador. Odio a la emperatriz y a sus malditos monstruos. Guilèt, Gàude, Vivien... y sobre todo a ti, Valèrian Riese.

Ofelia Caracortada, con el llanto contenido, buscó el cuchillo que guardaba bajo sus sábanas. Pero la muchacha no lo encontró.

Había olvidado que se hallaba en la pared, hundido hasta la mitad de la hoja.

Esa noche la bastarda no lo pudo ver. Su aposento estaba demasiado oscuro, plagado de sombras. Así que solo cerró los ojos, aunque al inicio no consiguió dormir, recordando a su familia comerse a los pajaritos. Nuevamente, en esa misma alcoba, más tarde cuando soñó se vio a sí misma arrodillada en el campo; eran las mismas planicies por donde había paseado con el efebo Calèndul. La hojarasca, las plumas desgarradas y la sangre de los pájaros formaban una alfombra larga e interminable; el cielo se ahogaba en llanto y el viento agonizaba; las nubes no lloraban chubasco ni sangre, sino cadáveres, alas, plumas y huesos de millones de aves.



La maldición de Adán y Eva

Por: Marcia Morales





Amaru andaba muy aburrido; hacía dos meses que no practicaba sus fechorías. Necesitaba diversión... De pronto recordó que le habían hablado de un lugar llamado «Edén», en el cual vivían un par de tontos a los que era muy fácil engañar. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Amaru. Había decidido ir a hacerles unas «bromitas».

Amaru sabía muy bien que el dios de aquellos lares les había prohibido comer de cierto árbol, así que él los convencería de comer aquel fruto. Les diría que era el «árbol de la sabiduría»...

«Qué buen plan, me divertiré mucho», se decía.

Y sin más demora se dirigió al Edén. Todo salió tal y como había planeado: la tal Eva comió del fruto del árbol y le dio al otro tonto de comer. Su dios se veía furioso y hasta los mandó echar. Amaru no paraba de reír... «Qué divertido», se repetía.

Aquel día Adán y Eva maldijeron a Amaru. Su linaje de cristianos, buscarían la tierra de Amaru, lo matarían a él y a todos los seres mágicos que habitaran su mundo...

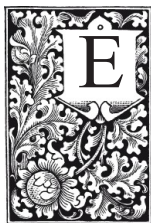
La maldición ya casi se ha cumplido.



Los extraños

Por: Miguel Huertas





Esto no es por mí. Yo no viviré para ver el amanecer.

La plaga ya me ha tocado, y no tengo ninguna intención de ver cómo empeora. Ya lo he visto antes. No permitiré que eso me pase a mí.

La jeringuilla está cargada ya, me espera a solo dos palmos de mi mano. Cuando termine mi relato, la aguja morderá mi carne, el émbolo bajará y podré dormir al fin.

Todo habrá terminado.

No voy a narrar para que seamos conscientes del horror que hemos sufrido, eso lo sabemos perfectamente. La cicatriz que ha dejado durará mil años. No. Mi narración va en otra dirección: comprender el horror que hemos *cometido*.

Me llamo Blanca Arteagui, y ya era doctora en un grupo especial de investigación biológica cuando esos seres llegaron, vomitados desde las oscuras entrañas del vacío espacial.

Recuerdo perfectamente el día, un 2 de enero. Esa misma mañana, la guerra civil que dividía mi país se había recrudecido de nuevo, en uno de sus interminables ciclos de violencia. Eso ha quedado eclipsado por los hechos posteriores, pero lo cierto es que incluso antes de que todo empezase a mí ni siquiera me importaba. Me creía muy inteligente por aquel entonces: ciudadana del mundo; mi única patria era la ciencia; y el logo de la Fundación Europea de Estudios Biológicos, mi única bandera. Que estúpida he sido.

Recuerdo que acababa de abrazar a Mina, la chimpancé hembra que era el próximo sujeto en los experimentos, y ella me había devuelto el abrazo. La estaba preparando cuidadosamente para la intervención. Era pequeña en mis brazos, casi como una niña peluda, y solía sonreír con una mueca que enseñaba los dientes, ajena al hecho de que yo planeaba usar radiación para provocarle un tumor maligno. Después probaría en ella un tratamiento experimental no aprobado para su uso en humanos. Más tarde ella moriría y yo abriría su cadáver para seguir estudiando. Era mi trabajo.

Había entrado en la Fundación con veinticuatro años, catapultada desde las mediocres universidades de mi belicoso país hasta la élite científica mundial. Mis proyectos sobre oncología y primates, aunque modestos por aquel entonces, habían llamado poderosamente la atención de Sven Nodtveidt, una figura de reconocido prestigio en las investigaciones en biología sanitaria a nivel mundial.

Sven era una figura paternal, con sus gafas redondas a lo John Lennon, su pelo áspero y blanco, y barba de chivo. Era a la vez exigente y comprensivo. Pronto me vi rodeada de lo que yo pensaba sin asomo de duda que era el progreso: investigaciones sobre nanotecnología sanitaria, marcadores metabólicos, potenciadores sintéticos de acetilcolina para detener la degeneración del tejido cerebral...

Creía que teníamos la naturaleza en nuestras manos, que nuestro triste método científico era la luz más brillante del universo. Qué ilusa. Qué estúpida.

Volvamos a ese fatídico 2 de enero. Tomamos contacto con esos seres poco antes de mediodía. Después supimos que ya llevaban décadas observándonos desde la negrura, orbitando alrededor de Júpiter como uno más de sus satélites y desnudando nuestro mundo con sus sensores. Pero ese día decidieron dar un paso al frente, salir a la luz. Romper nuestra arrogancia.

La conmoción fue terrible. Alertas rojas en todos los lugares, treguas temporales en todos los conflictos, expectación a lo largo y ancho de nuestra vieja y amada Tierra. La humanidad miraba al cielo, cruzando los dedos, dándose cuenta de que el cielo no era un techo sino la puerta a un abismo tan profundo que devasta el intelecto. Por supuesto, ya lo sabíamos. Pero en ese momento lo *sentimos*.

Nos habíamos creído importantes, únicos, y en ese momento el universo nos decía la verdad, una verdad que sufrimos en toda su dolorosa magnitud: nuestro planeta solo es una diminuta mota de polvo que gira en un vacío imposible, cayendo en la inmensidad.

Su vehículo, un artefacto kilométrico, florecía en la órbita cislunar, extendiéndose en todas direcciones, brillando como una explosión estática. Teníamos muchos nombres para ellos,

fruto de la imaginación y la ficción: extraterrestres, alienígenas, xenos... Pero no pudimos emplearlos. Eso era demasiado *real* para mancharlo con esos nombres. Hicimos lo único que pudimos.

Les llamamos los Extraños.

Les enviamos comunicaciones en todos los idiomas terrestres, y también en código binario y otros lenguajes de computación. Respondieron con descargas de ondas electromagnéticas de diferente longitud, chorros de datos tan largos y complicados que parecían aleatorios. Solo tras horas de estudio por parte de las personas más expertas del planeta y con la ayuda de los ordenadores más avanzados que nuestra tecnología podía darnos, encontramos un tenue patrón en sus emisiones. Era tan complejo que parecía caótico.

Su idioma estaba más allá de nuestro entendimiento.

Esta noticia fue ocultada al gran público gracias a un acuerdo entre las élites internacionales y al férreo control de los medios de comunicación, pero la noticia recorrió como una onda expansiva los círculos científicos que tenían el suficiente nivel de acceso, como era el caso de mi unidad.

El lenguaje de los Extraños era *demasiado complejo* para que pudiésemos comprenderlo. Sin embargo, esos seres sí podían rebajarse a nuestro nivel... o intentarlo. Enviaron un nuevo mensaje, una jerigonza que mezclaba de forma inexplicable todas las formas de comunicación con las que habíamos intentado hablarles.

Nueve tensas horas de intensa decodificación después, el grupo de expertos encargado de esa comunicación emitió un informe donde se sugería que aquel mensaje era una invitación explícita: una mano tendida a la Tierra.

Rápidamente se formó un equipo con las personas que se consideraron necesarias para tratar con los Extraños: ingenieros de computación, estrategas, expertos en lingüística, políticos, diplomáticos expertos... Se requirió que la Fundación enviase un experto en biología que estuviese a la altura, para tratar de sacar conclusiones de la observación directa de la anatomía alienígena. Sven Nodtveidt encargó la tarea a uno de mis colaboradores más cercanos, Edouard.

Edouard había sido mi primer amigo al llegar a la Fundación, comprensivo y al mismo tiempo mi igual. Había intentado ser algo más hasta que le quedó claro que no estaba interesada, y lo aceptó de un modo natural, como quien acepta la caída de la lluvia o el orbitar de los planetas. Me dolió verle partir hacia lo desconocido.

La lanzadera que enviamos, lo más avanzado del desarrollo espacial de la Tierra, parecía ridícula y diminuta comparada con la monstruosidad refulgente que era la máquina de los Extraños. Nuevamente carecíamos de nombre para ese horror tecnológico. Lo llamamos Bastión.

El leviatán mecánico emitió un pseudópodo luminoso y engulló la pequeña lanzadera, llena de lo mejor que podía ofrecer la especie humana.

Las comunicaciones se interrumpieron. Todas las personas a bordo, incluidos especialistas, técnicos de la nave y personal de seguridad, tenían en su ropa diversos artilugios de grabación y emisión (cámaras, micrófonos, infrarrojos) para mantenerles en contacto permanente con el centro de operaciones de Staffordshire. Todas las comunicaciones se apagaron como la llama de una vela en una tormenta cuando el equipo desapareció en las entrañas del Bastión.

Fueron largas horas de espera para todos, y muy duras para mí. Pasé dos días sin dormir, yendo y viniendo del centro de operaciones al apartamento provisional que habían puesto a disposición de los especialistas de la Fundación, mordiéndome las uñas hasta hacerme sangre. Sabía que tenía que estar en perfectas condiciones para cuando mis conocimientos fuesen requeridos, pero no podía dormirme ni parar quieta. Traté de distraerme con un trabajo secundario, pero era incapaz de concentrarme; mi mente volaba una y otra vez hacia la imagen del monstruo tecnológico de los Extraños devorando la lanzadera espacial. Recuerdo que Mina me miraba inquieta, deformando su rostro arrugado en una sonrisa simiesca, mezcla de niña y anciana a la vez. El proyecto de investigación sobre oncología en primates había quedado suspendido indefinidamente. Fue agradable ver su rostro inocente, ajeno a todo cuanto estaba ocurriendo.

Finalmente me administré un narcótico y caí en un sueño pesado y oscuro.

Cuando desperté, la lanzadera ya había vuelto. Los pilotos y técnicos aeroespaciales habían desaparecido; el vehículo simplemente había sido lanzado desde el mismo apéndice mecánico que se lo había tragado. Los instrumentos habían detectado un flujo magnético anómalo, pero los físicos eran incapaces de interpretar los datos.

La lanzadera estaba intacta, aunque Ingeniería dijo que había sido desmontada pieza por pieza y vuelta a montar. Tampoco estaba vacía, no del todo: Edouard era el único pasajero. Todos los demás se habían esfumado en el interior del Bastión.

Mi compañero estaba en coma profundo. Aunque mantenía las funciones fisiológicas básicas, era incapaz de responder a ningún estímulo. Tenía extrañas cicatrices violáceas que recorrían todo su cuerpo como surcos retorcidos en un campo mal arado.

Murió a las dos horas del aterrizaje.

Sven y yo acudimos a la autopsia obedeciendo a un deber ético y a otro profesional. El interior del cuerpo de Edouard estaba plagado de extraños tumores, esferas bulbosas que latían y crecían por doquier, fundidas con sus órganos principales. También tenía acopladas a lo que quedaba de su caja torácica extrañas piezas mecánicas que zumbaban intermitentemente.

Sufrí un ataque de pánico que me dejó temblando y empapada en sudor frío durante varias horas. Cuando me recuperé me informaron de que no habíamos sido capaces de averiguar ni el propósito ni la composición de esos artilugios.

Por extraño que parezca, desde ese momento un raro entumecimiento emocional se apoderó de mí. El equipo de psicólogos del centro de operaciones fue muy claro en su evaluación: «afectada pero funcional». Es decir, que podía seguir al pie del cañón un tiempo indeterminado antes de romperme del todo. Lo acepté. Sven me necesitaba. Mi especie me necesitaba.

Los instrumentos de grabación prendidos de las ropas de Edouard seguían funcionando, y los diversos equipos analizamos sus datos de inmediato; luego cada uno emitimos un informe sobre su área de especialización. Nuestro informe fue confuso y apenas aportó nada aparte de lo que se veía en el vídeo.

Los Extraños tenían cierto parecido a los humanos, con el número correcto de cabezas, ojos y extremidades, pero al mismo tiempo eran fríos y distantes como la luz que nos llega de las estrellas.

Eran horriblos y nauseabundos: altos, con apariencia de juncos flexibles, con el tórax estrecho como el de un perro. Su piel era blanquecina, agusanada y casi translúcida, ya que dejaba entrever la sombra de extraños órganos que latían a ritmos diferentes. La cabeza era demasiado alargada, y el orificio que podría hacer las veces de nariz y boca era casi inexistente, pero era todo ojos: glóbulos grandes, negros y húmedos. Extraños orificios se repartían por todo su cuerpo, alternándose con asquerosas probóscides cubiertas de mucosa que se agitaban como lombrices ciegas y emitían todo tipo de chasquidos y vibraciones.

Las imágenes no mostraban ningún tipo de dimorfismo sexual ni diferenciación de género. Por lo que sabemos, el mismo concepto de género podría resultarles extraño, y es probable que tampoco tengan sexos diferentes. Todo lo relativo a su reproducción sigue siendo un misterio a día de hoy.

Sí vimos otras especies a bordo de su nave, plagada de cavernosos vacíos. Eran criaturas informes, masas de carne rojiza con algún tipo de inteligencia rudimentaria que seguían a los Extraños a todas partes. Era evidente que esas pulpas carnosas no eran sus iguales sino sus subordinados. La idea de estar tratando con esclavistas estelares estuvo a punto de volverme loca.

Trabajamos en un nuevo intento de comunicarnos con los Extraños, pero fuimos demasiado lentos y ellos volvieron a actuar.

Es difícil describir acontecimientos tan sabidos, pero creo que la única manera justa de decirlo es que ellos empezaron a... cosechar gente. Simplemente se la llevaban, la aspiraban con esos gigantes apéndices mecánicos. Las autoridades militares acordaron una respuesta bélica punitiva. La mayoría de científicos se posicionó en contra. Nadie les escuchó.

Cientos de misiles nucleares partieron hacia el cielo, lanzados desde silos repartidos por todo el planeta: Estados Unidos, Centro Europeo, las repúblicas de la India, Sudáfrica...

Lo que la mayor parte del mundo temió durante la Guerra Fría, lo que analistas consideraban impensable debido a la «destrucción mutuamente asegurada»... todo eso estaba pasando *en aquel mismo momento*.

Recuerdo contemplar con lágrimas en los ojos las mil lanzas grises que dibujaban en el cielo las estelas de humo emitidas por las bombas nucleares a medida que ascendían. El poder del átomo, la punta de lanza del arsenal humano, dispuesto a borrar a esos Extraños de nuestro cielo.

Nada salió como los estrategas esperaban. Lo peor que imaginaban era que las criaturas interceptasen las ojivas con algún tipo de escudo antimisiles, porque no podían superar los esquemas mentales de la lógica humana. Los misiles llegaron y las explosiones nucleares iluminaron el cielo de más de cien países al mismo tiempo, al menos durante una fracción de segundo.

Su Bastión simplemente emitió una descarga de radiación que interrumpió la reacción en cadena, la revirtió y volvió a unir los átomos partidos. La explicación tenía un sentido siniestro para mí, pero las personas de la división de Física simplemente comenzaron a vomitar, todas a la vez, cuando leyeron los datos. Las bases de nuestro mundo se derrumbaban. No había contexto para explicar lo que estaba pasando.

La respuesta no se hizo esperar, pero no fue tan tosca y brutal como echar mano del poder de la radiación.

Los Extraños emitieron un pulso resonante en una frecuencia determinada que sacudió nuestros cielos como un trueno silencioso, afectando a una docena de ciudades: Kiev, Nueva Delhi, Ciudad Ho Chi Minh, Washington, Berlín...

En realidad, decir que afectó a las ciudades no es correcto. Las urbes estaban intactas, cada piedra exactamente igual que el segundo anterior al disparo. Pero las personas... Lo único coherente que puedo escribir sin echar mano a metáforas vacías es que las sinapsis se interrumpieron, como si los Extraños hubiesen encontrado, o siempre hubiesen sabido dónde estaba, el botón de «apagado» del cerebro humano.

Cientos de millones de personas dejaron de existir en menos de un segundo.

Cuando pasó la conmoción, la mayoría de autoridades militares acordaron no responder al ataque y rendirse de inmediato. Hubo algunos demasiado tercos, pero sus propios lugartenientes les dispararon en la cabeza en ese mismo momento y tomaron el mando para apoyar la rendición incondicional. La sociedad, que yo había creído siempre gobernada por la razón, se resquebrajaba.

Los Extraños no buscan algo tan pueril como la dominación, la conquista, o el exterminio, como yo creí en la demente oscuridad de esas primeras noches. Ellos solo quieren hacer su voluntad. Aspiran a cierta cantidad de personas cada día, a veces docenas, a veces miles, en diferentes lugares del globo. Algunas vuelven, aunque nunca de la misma manera. La mayoría ha sido víctima de extraños procedimientos quirúrgicos. Hacemos lo que podemos, pero poco podemos averiguar y mucho menos remediar.

Algunas de esas personas tienen los órganos colocados de manera incorrecta, o un número diferente de órganos, u órganos que nunca hemos visto y cuya función no podemos adivinar. Esas personas suelen morir, como nuestro pobre Edouard. Otras no mueren, pero propagan la plaga. Miles de personas agonizan cada día, con sus sinapsis acelerándose cada vez más hasta que saltan los plomos de su cerebro. El correlato psicológico de esta anomalía es alucinar: un polígono tras otro florece en tu mente, con sus lados replicándose cada vez más, hasta que pierdes el control de tu propia consciencia y agonizas.

A veces rezo porque la situación fuese otra, rezo a un Dios en el que no creo para que los Extraños bajen de su monstruoso Bastión y nos esclavicen, nos lleven a unas hipotéticas colonias a miles de años luz del Sistema Solar y nos pongan a trabajar en minas de azufre, o que

arrasen los parlamentos de todos los países y nos gobiernen con puño de hierro, o que simplemente nos exterminen fría y metódicamente. Sería horrible y brutal, lo sé.

Pero tendría sentido.

Sven tuvo más suerte. Ya ha muerto. Si soy sincera, esperaba que me ayudase a acabar el proyecto antes de irse. El centro de operaciones es ya una ruina vacía, pero algunos especialistas seguimos en contacto, aunque ahora solo ayudamos a los de computación y lingüística a crear un nuevo mensaje para los Extraños.

La idea fue de Sven. Él no tenía los conocimientos para impulsar el proyecto, pero sí la suficiente fuerza y la autoridad moral para convencer a los expertos de ponerse a trabajar, de dar un sentido a sus vidas. No tenemos que preguntar para qué. Ya lo sabemos: los Extraños nos abren en canal y hurgan en nuestros cuerpos para saber qué tenemos dentro, nos inoculan la enfermedad que les acosa y les mata para entenderla, y prueban sus tratamientos experimentales en nosotros. Disponen de nuestras vidas, y cuando no somos de utilidad nos dejan morir.

No, lo que necesitábamos preguntar era cómo son capaces de hacer algo así. Somos minutos comparados con su intelecto cósmico, sí, pero *somos*. Han comprobado que existimos, que podemos sentir, pensar, amar, relacionarnos, comunicarnos... ¿Cómo pueden hacerle eso a unos seres que se parecen tanto a ellos? Eso es lo que se nos escapa. Más que sobrevivir necesitamos entender.

Sven no ha podido ver el final del proyecto. Contrajo la plaga hace tres días y murió después de veinte horas de alucinar extrañas figuras geométricas que estallaban en su mente. Debe de ser una extraña forma de morir, no ser dueño de tu propia imaginación, sentir polígonos de diferentes formas, cada vez más complicados, cada vez con más lados, cada vez con formas más impensables, desgarrando tu mente una y otra vez, cada vez más rápido, hasta que el cerebro no puede soportar unas sinapsis tan veloces e intensas y muere. No pienso averiguarlo. La jeringuilla sigue a mi lado.

No enterramos a Sven, no teníamos tiempo. Le dejamos ahí, tendido en su camastro, con la mandíbula desencajada en una mueca de estupor y agonía, mientras los demás trabajábamos. El mensaje ya está completo, lo irradiamos esta mañana desde nuestra base hacia el Bastión de los Extraños. Y hemos recibido una respuesta, en el mismo lenguaje de símbolos que hemos empleado en nuestro mensaje.

La respuesta a nuestra desesperada pregunta, la respuesta que necesitábamos —no para dejar de sufrir, sino para tratar de darle un significado a nuestro dolor— solo ha sido una imagen. La imagen de un chimpancé, con sus arrugas ancianas y su sonrisa de inocencia infantil.

Algunos no han sido capaces de entenderlo, pero yo sí he sido capaz, y la risa histérica que se ha apoderado de mí ha asustado a los demás. Nada de «afectada pero funcional». Ya no, nunca más. Ahora solo estoy estropeada, una muñequita que se ha roto porque una niña cruel la ha manejado con demasiada dureza.

He ido a mi habitación, apenas consciente de lo que estaba haciendo, he sacado a Mina de su cubículo y he abrazado su cuerpecito peludo mientras lloraba con tanta intensidad que por un momento creí que los sollozos iban a partirme en dos. Ella se ha limitado a devolverme el abrazo, rodeándome el cuerpo con sus pequeños brazos. Ignorante. Inocente.

Cuando me he calmado, me he quedado tendida en la cama, pensando en la ironía de la situación, en el karma cósmico que ha venido a devorar nuestra cordura. Entonces es cuando lo he visto, estallando en mi cabeza, haciéndome chillar de dolor, un TRIÁNGULO tan enorme que me presionaba las paredes del cráneo.

No me queda mucho tiempo.

En el mismo momento en el que vi la imagen del chimpancé irradiada por los Extraños, recordé el primer día que llegaron, lo que estaba haciendo antes de enterarme de su aparición. Estaba preparando para su intervención a Mina. Estaba a punto de inducirle un cáncer para después ver cómo respondía al tratamiento experimental. Luego iba a verla morir y a abrir su

cadáver en canal para aprender de ella. Después de todo, era mi trabajo. Era necesario, ¿no? Eso simplemente refuerza la ironía de...

CUADRADO

...solo refuerza la ironía de que el mensaje que llevamos meses intentando generar para comunicarnos con los Extraños...

PENTÁGONO

...el mensaje que pregunta con desesperación cómo han sido capaces de hacer una cosa así, cuando la verdad es que llevamos años...

HEXÁGONO HEPTÁGONO

...y nunca nos haya importado que...

OCTÁGONO ENEÁGONO

...Dios, la jeringa.

Pronto los polígonos tendrán tantos lados y aparecerán tan deprisa que seré incapaz de ponerles nombre, y entonces me romperé. No quiero morir así, mil pedazos de mente, rota por formas geométricas imposibles. No puedo morir así. No, no, no, no, no, solo...

DECÁGONO ENDECÁGONO DODECÁGONO

...solo tengo que alcanzar la jeringuilla y ponérmela contra el brazo... Si dejo de temblar podré...

TRIDECÁGONO TETRA...

...Por favor.



The image is a promotional graphic for 'LIMA SHOW'. It features a central yellow circle with the text 'LIMA SHOW' in black, where the 'O' contains a white star. Below this, a black banner lists event activities: 'FOTO & VIDEO DE BODAS', 'HORA LOCA TEMÁTICA', 'DRONES BATUCADA', and 'ROBOT LED'. A yellow star is positioned above a downward-pointing chevron. At the bottom, a yellow triangle contains the phone numbers '9869 - 89144' and '9916 - 02114', followed by the slogan 'DISFRUTA TU EVENTO' and 'NOSOTROS LO HACEMOS POR TI'. A Facebook icon and the handle '/LIMASHOWBTL' are at the very bottom. The background is a collage of photos showing people in costumes, dancing, and a robot. The text 'SPX/NEUSUD' is written vertically on the right side.

Entrevista con Miguel Huertas

Por: Héctor Huerto Vizcarra

*«Escucha a quien te dice lo que no
quieres oír, haz caso luego o no.»*

HHV: ¿Cómo fue tu primer acercamiento con la lectura que recuerdes?

MH: Mi primera lectura placentera (que es la que cuenta, al fin y al cabo) fue un pequeño libro infantil sobre un gigante que usaba el sol para jugar al golf y los árboles de mondadien-tes. No recuerdo el título ni el autor o autora, pero es uno de mis recuerdos de infancia más queridos.

HHV: ¿Qué te motiva a escribir dentro de los géneros de fantasía, ciencia ficción o terror?

MH: En primer lugar, flexibilidad que permiten a la hora de adaptar el marco de la narración a las necesidades de la historia y sus personajes. En segundo, la capacidad de especulación de estos géneros permite tomar la realidad como punto de partida para trazar analogías que de otro modo no serían posibles. En el fondo no creo que exista el escapismo puro, dado que el autor o la autora parten de la realidad, sólo puede hablar de y desde su propio marco social, por disfraces que ponga al mensaje. Y en tercer lugar porque, bueno, me resulta más divertido.



«Ahora estoy más cerca de la fantasía, sobre todo porque es un género con un potencial que se ha visto contenido durante años por unos parámetros rígidos y ahora vive una etapa de nuevas promesas».

HHV: ¿Cuál es tu género literario favorito? ¿Por qué?

MH: Creo que el término paraguas «ficción especulativa» habla de esa narración boomerang que se aleja de la realidad concreta en un viaje de ida y vuelta, y es ahí donde me encuentro más cómodo. Ahora estoy más cerca de la fantasía, sobre todo porque es un género con un potencial que se ha visto contenido durante años por unos parámetros rígidos y ahora vive una etapa de nuevas promesas.

HHV: ¿Qué es lo que te motiva a escribir?

MH: La respuesta más real es que me lo paso bien creando historias y dándoles forma.

HHV: ¿Recuerdas cuáles fueron tus primeros escritos? ¿Llegaste a publicar algo de esa primera etapa como escritor?

MH: Llevo escribiendo como entretenimiento más o menos desde los ocho años, así que mis primeros escritos son cientos de historias que comenzaba y abandonaba según me venían a la cabeza. Mi primera publicación es de mucho después (2008), en una etapa en la que me centré más en la literatura social.

HHV: ¿Cómo analizas tu evolución como escritor desde tu primera novela «Aurora negra» hasta «El peso del acero»?

MH: El desarrollo más grande es en cuanto a la estructura de la trama. Escribí «Aurora negra» descubriendo la historia a medida que la tecleaba, mientras que en «El peso del acero»



he intentado conseguir un equilibrio entre planificación y descubrimiento que mejor sirviese a las tramas. También hay un cambio importante en cuanto a temas. En ambas novelas se exploran las posibilidades del individuo frente a inercias o fuerzas más grandes que una sola persona; mientras que en mi primera novela no hay espacio para la voluntad, en «El peso del acero» las decisiones pueden marcar la diferencia.

HHV: ¿Por qué recomendarías leer tú última novela «El peso del acero»?

MH: En primer lugar, espero que sea divertida de leer. En cuanto a personajes y trama se sitúa fuera de la épica tradicional y tiene un foco pequeño, centrado en los caminos embarrados en los que la vida vale muy poco y la victoria en un combate sólo significa llegar con vida al día siguiente. Tiene la suficiente dosis de culpa, crueldad y derrota para ser

«Creo que llamará la atención a los lectores de la saga de Geralt de Rivia y a los de los libros de la Primera Ley de Joe Abercrombie».

una historia amarga, pero creo que en ella también hay espacio para la luz. Creo que llamará la atención a los lectores de la saga de Geralt de Rivia (en especial los dos primeros volúmenes) y a los de los libros de la Primera Ley de Joe Abercrombie.

HHV: ¿Qué consejos podrías darle a una persona que quiera escribir y publicar sus cuentos o novelas?

MH: Escucha a quien te dice lo que no quieres oír, haz caso luego o no. Si tienes una gran historia en mente desde hace años, déjala para cuando tengas la habilidad para que luzca. Escribe los suficientes relatos cortos antes de comenzar una novela larga. Escribe algunas novelas antes de comenzar una saga. A no ser que esto contradiga lo que realmente quieres hacer. Nunca traiciones lo que te mueve.

HHV: ¿Qué proyectos literarios tienes en el futuro próximo?

MH: En general quiero explorar ambientaciones que no han sido muy trabajadas dentro de la fantasía. Mi próximo proyecto se ambienta en un mundo basado en el feudalismo árabe en lugar del ya tópico occidente medieval. A más largo plazo espero explorar las interacciones entre la fantasía y la ciencia ficción.

HHV: ¿Cuáles son los tres autores que recomendarías leer y por qué?

MH: Scott Bakker y su trilogía «El príncipe de nada», una historia épica, oscura y profundamente humana. N. K. Jemisin, que nos muestra las amplias posibilidades de la ficción especulativa. Y Nieves Delgado, porque a veces nos acostumbramos a buscar ficción de calidad en el mundo anglosajón cuando hay auténticas joyas en nuestro idioma.

